
HARLEQUIN
Deseo™
UNA NOCHE JUNTO A TI
KATHIE DENOSKY

Una noche junto a ti

Sólo con ver a la pequeña que Kaylee Simpson tenía en sus brazos, Colt Wakefield supo que era hija suya. Su obligación era ayudarlas, así que las llevó a su rancho. El problema era que pasar noche y día con la bella Kaylee le había hecho darse cuenta de que aquella mujer seguía desatando toda su pasión. Por mucho esfuerzo que ella hiciera para resistirse al deseo, Colt estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para recobrar su confianza y convencerla de que se quedara a su lado para siempre.

Aquel hombre intrépido e irresistible tenía dos debilidades: su hija y la madre de ésta.

Capitulo Uno

Kayle simpson estaba arreglando unas gasas y un rollo de esparadrapo en un carrito en la enfermería cuando el repentino silencio de la muchedumbre del Ford Center la hizo estremecerse de miedo.

Solo había un motivo para que una pista llena de admiradores del rodeo profesional se callara así

Uno de los participantes estaba en el suelo y no se movía.

Kaylee cerro los ojos aguantó la respiración e intentó no pensar mientras esperaba a que el aplauso de la gente le indicara que el participante se había puesto en pie , Sin embargo , los minutos fueron pasando y aquello no ocurría, Cuando oyó pasos acelerados por el pasillo hacia la enfermería comprendió que llevaban al participante en una camilla hacia allí.

“por favor que no sea nadie conocido” rezó Tómele las constantes vitales , le indicó el doctor Carson al entrar seguido de unos cuantos hombres que trasportaban la camilla y que pusieron al herido en la mesa de observación.

Kaylee tomó el equipo necesario con manos temblorosas y se colocó junto a aquel ser inconsciente. Al mirarlo, sintió que el corazón comenzaba a latirle aceleradamente y se quedó pálida.

—Colt —susurró.

Se le cayó el manguito de tomar la tensión arterial al suelo, pero ella no se dio ni cuenta.

—¿Conoces a este hombre? —le preguntó uno de los médicos recogiendo el aparato.

Por lo visto, los médicos que trabajaban en el rodeo no conocían a los participantes, pero Kaylee sí.

Tenía un nudo en la garganta tan espantoso que no pudo articular palabra, así que se limitó a agarrar el manguito, cerrar los ojos y asentir. Se había criado con muchos de los vaqueros que tomaban parte en el circuito profesional y hasta hacía tres años la mayor parte de ellos habían sido como sus hermanos.

Aquel que tenía ante sí, sin embargo, había sido siempre diferente. Conocía a Colt Wakefield desde que él tenía dieciséis años y ella diez. Era el mejor amigo de su hermano, el amor de su adolescencia y el hombre que le había roto el corazón.

—Kaylee, si no le vas a tomar la tensión arterial, hazte a un lado y deja que lo haga otra persona —le dijo el doctor Carson

impaciente.

El tono del médico la hizo salir de su trance y se apresuró a colocar el manguito alrededor del brazo de Colt y a escuchar con su estetoscopio.

—Tensión arterial ciento diez sobre setenta.

—Bien, vamos a quitarle la cazadora y a abrirle la camisa para que veamos qué es lo que tiene —le ordenó el doctor.

Kaylee tomó aire y bajó la cremallera de la cazadora de cuero negra que los vaqueros utilizaban como prenda protectora. A continuación y con manos temblorosas le desabrochó la camisa para que el médico pudiera echar un vistazo.

Al ver el impresionante y musculoso torso de Colt y su marcado abdomen, Kaylee sintió un escalofrío por la espalda y todos los recuerdos que llevaba tres años intentando olvidar se agolparon en su cabeza.

Sin pensar en lo que hacía, alargó la mano y lo acarició. La última vez que lo había visto sin camisa, que también había sido la última vez que lo había visto, había sido la noche del entierro de su hermano. Destrozados por la muerte de Mitch, se habían abrazado para consolarse y habían terminado...

—¿Kaylee?

Al oír la voz de Colt, Kaylee apartó la mano. Colt había recobrado la consciencia sin que ella se diera cuenta.

—Hola, Colt —lo saludó perdiéndose en la inmensidad de sus increíbles ojos azules.

Lo había conocido hacía catorce años y en aquel preciso instante le había parecido el chico más mono del mundo. Sin embargo, ahora se había convertido en un hombre increíblemente guapo. Tenía el pelo negro como el azabache y unos preciosos ojos azules que siempre la habían dejado sin aliento.

Por desgracia, parecía que seguían teniendo el mismo efecto sobre ella.

Entonces, decidió tratarlo exactamente igual que lo había tratado antes de que se produjeran los acontecimientos que cambiaron su vida para siempre.

—Veo que sigues desmontando por encima de la cabeza del caballo —bromeó.

Colt se sonrojó.

—Y yo veo que sigues siendo igual de graciosilla que siempre —contestó mirándola con afecto.

—En eso te equivocas, vaquero —sonrió Kaylee con tristeza—. Recordarás que hace tres años tuve que madurar a marchas forzadas

Colt sintió como si le hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago. No sabía si se refería a la muerte de Mitch o a su partida sin despedirse después de pasar con ella la noche más maravillosa de su vida.

En cualquier caso, el sentimiento de culpabilidad que lo había acompañado aquellos últimos tres años se apoderó de él hasta que temió no poder hablar.

—¿Dónde has estado? —le preguntó por fin sin saber muy bien de qué hablar con ella.

Kaylee se apartó de la cara un mechón de su sedoso pelo cobrizo como si estuviera buscando la respuesta correcta.

—Sobreviviendo —contestó—. El año pasado, terminé la carrera.

Colt frunció el ceño.

—¿Y eso? La última vez que nos vimos, sólo te quedaba un año para terminar. ¿Cómo es que has tardado tanto en hacerlo?

Kaylee apartó la mirada.

—Ocurrió algo y tuve que dejar los estudios un tiempo —contestó limpiándole la cara con una toalla húmeda—. ¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo?

Colt se encogió de hombros, pero al hacerlo el increíble dolor que sentía en el hombro izquierdo lo hizo gritar. Humillado por la presencia de Kaylee allí y por el hecho de que lo estuviera viendo en una situación así, apretó los dientes y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Me encontraría mucho mejor si no te inclinaras sobre mí como un buitre.

Nada más pronunciar aquellas palabras, Colt deseó no haberlo hecho y se sintió como una rata de cloaca. Hubiera dado un brazo por no hacer sufrir a Kaylee, pero por la expresión de su rostro eso era lo que acababa de conseguir.

Antes de que le diera tiempo de pedir disculpas, el doctor Carson rompió la tensión que se había apoderado del ambiente.

—Parece que sólo tienes rota la clavícula, Colt, pero para asegurarnos te voy a mandar al hospital para que te hagan radiografías.

—¿Cuánto tiempo voy a tener que estar sin competir? —quiso saber Colt.

—Depende de cómo evolucione la factura, pero yo diría que dos o tres meses —contestó Carson.

Aquello era lo último que Colt quería escuchar. Iba en tercera posición en la clasificación general y tenía posibilidades de hacerse

con el triunfo en el campeonato de aquel año. Estar fuera de la competición durante tanto tiempo terminaba con sus esperanzas.

—He llamado a una ambulancia para que te lleven al hospital —oyó que decía Kaylee.

Se había apartado de la mesa de observación mientas el doctor hablaba con él y Colt no la culpaba por ello. Tenía que disculparse.

—¿Kaylee?

Un hombre vestido de azul marino con un cartelito en el pecho que anunciaba que se llamaba Forrester se acercó a él.

—¿Quieres hablar con la chiquita esta tan mona que tiene un estupendo par de...?

—Cuidado con lo que dices, colega —le advirtió Colt enfadado.

No iba a permitir que nadie hablara así de Kaylee.

—Resulta que esa niña es la hermana de mi mejor amigo.

Forrester se encogió de hombros.

—Qué gracioso, a mí no me parece una niña. Colt apretó los dientes ante la expresión lasciva del enfermero.

_¿Ah, no? ¿Ya ti qué te parece?

—Cien por cien mujer contestó el hombre sonriendo.

Si no hubiera sido porque el dolor se lo impedía, Colt habría tumbado a aquel tipo de un puñetazo—. No te preocupes, vaquero, estaba saliendo cuando nosotros entrábamos. Supongo que estará en el hospital.

Colt no dijo nada mientras lo llevaban a la ambulancia. Sabía perfectamente que Kaylee no iba a estar en el hospital esperando.

Después de lo que había pasado tres años atrás y de cómo la había hablado aquella noche, tendría suerte si le volviera a dirigir la palabra algún día.

Un mes después de ver a Colt en el rodeo, Kaylee seguía pensando en él. Era la última persona a la que quería ver y, a juzgar por su reacción, a él le pasaba lo mismo con ella.

Kaylee se sirvió una taza de café y se paseó por el salón de su pequeño piso antes de hacerse un ovillo en el sofá.

Volverse a encontrar con él le había hecho recordar momentos dolorosos que creía haber olvidado. Por lo visto, no era así.

En el pasado, animar a Colt y a su hermano Mitch había sido una tradición. Aquel horrible fin de semana de hacía tres años en Houston los había acompañado a la competición.

Lo que había comenzado como un sábado normal se había tornado pronto en una tragedia. Colt había competido con éxito y había ayudado a Mitch a subirse al toro que le tocaba montar.

En cuanto la verja se abrió, Kaylee se dio cuenta de que su hermano estaba en apuros. El primer salto del animal había sido tan fuerte que hizo que Mitch se golpeara la cara contra la parte trasera de la cabeza del toro.

Los demás participantes se apresuraron a salir a la arena para intentar distraer al animal. Mitch estaba en el suelo delante de la bestia. Sin preocuparse por su propia seguridad, Colt había corrido hacia su amigo para protegerlo.

Tras asegurarse de que lo estaban atendiendo, había ido a buscarla a ella, la había acompañado al hospital y se había quedado esperando con ella mientras Mitch estaba en el quirófano.

Cuando los médicos le dieron la terrible noticia de que había perdido a su único hermano, a su único pariente vivo, Colt había estado con ella.

—¡Mamá! —dijo una vocecilla desde el pasillo.

Al oír que su hija se había despertado de la siesta, Kaylee dejó a un lado aquellos terribles recuerdos. Depositó la taza de café sobre la mesa, se puso en pie y se secó las lágrimas.

Ahora, tenía que ocuparse de Amber y no de un pasado que no podía cambiar.

—¿Has tenido una pesadilla, cariño? —le preguntó tomándola en brazos.

Amber negó con la cabeza y apoyó el rostro en el hombro de su madre.

—No pasa nada. Mamá está aquí y no va a dejar que nada malo te ocurra —dijo Kaylee abrazando a su hija.

Cuando iba hacia el salón para sentarse en la mecedora con Amber, llamaron al timbre y Kaylee se preguntó qué tipo de vendedor sería aquella vez y qué producto le querría vender.

Puso la grabadora en marcha y sonrió al oír los ladridos de pastor alemán.

—Un día de estos, vamos a comprar un perro de verdad con enormes dientes e insaciable apetito para que se ocupe de los vendedores a domicilio —le dijo a su hija.

A continuación, tomó aire y abrió la puerta con la cadena de seguridad puesta.

Mientras esperaba ante la puerta, Colt se puso bien el brazo que llevaba en cabestrillo y miró a su alrededor. El edificio era de mala calidad y estaba sucio. ¿Por qué viviría allí Kaylee y no en su rancho de Oklahoma?

Durante el último mes, había estado pensando mucho y había decidido que tenía que ir a hablar con ella para arreglar las cosas.

Cuando se había podido poner en pie, había ido al LazyS, pero allí le habían informado de que Kaylee había vendido el rancho y se había trasladado a vivir a Oklahoma City poco después de la muerte de Mitch.

Había tenido que recurrir al listín telefónico para encontrarla. Menos mal que sólo había una Kaylee Simpson en la guía.

En ese momento, se abrió la puerta.

—Me da igual lo que venda usted, no me interesa... ¿Colt?

Colt se apartó el sombrero Resistol de la cara y sonrió ante los ladridos grabados.

—¿De verdad que esa cinta de Kujo ahuyenta a los vendedores a domicilio?

Kaylee se quedó mirándolo como si no diera crédito a lo que veían sus ojos.

—¿Qué haces aquí? —tartamudeó.

Colt se dio cuenta de que no parecía muy contenta de verlo e intentó sonar simpático.

—Ahora que ya has visto que soy yo y no un vendedor de aspiradores, ¿te importaría apagar a Kujo? —sonrió.

—Lo siento —dijo Kaylee apagando la grabadora—. Hola, Colt.

—Yo ver —dijo una vocecilla al tiempo que unos dedos diminutos se asomaban por la rendija de la puerta.

Colt frunció el ceño.

—¿No estás sola?

—Lo cierto es que no me has pillado en el mejor momento —contestó Kaylee apartando los dedos del bebé de la puerta.

Al ver que sus ojos color violeta se empañaban de pánico, Colt se sintió fatal.

—¿Estás bien, Kaylee?

—Sí —contestó ella asintiendo.

—Yo ver, mamá —insistió la vocecilla—. Yo ver.

—Ahora no, cariño —dijo Kaylee con afecto.

Colt se sintió como si le hubieran dado un puñetazo. ¿Kaylee tenía un hijo? ¿Se había casado?

—Tenemos que hablar —le dijo muy serio.

Se dijo que a Mitch le hubiera gustado que se preocupara por su hermana, pero lo cierto era que quería saber qué ocurría allí.

—No creo que tengamos mucho de lo que hablar —contestó Kaylee encogiéndose de hombros.

—Venga, Kaylee, he venido desde el Lonetree para hablar

contigo. Lo mínimo que puedes hacer es concederme cinco minutos de tu tiempo —insistió Colt dándose cuenta de que Kaylee estaba nerviosa.

Al ver la expresión de derrota de su rostro, Colt sintió que le faltaba el aire. Definitivamente, allí estaba sucediendo algo y él estaba decidido a averiguar de qué se trataba.

—¿Kaylee?

Kaylee cerró la puerta, apartó la cadena y la volvió a abrir.

—Perdón por el desorden —dijo dejándolo entrar y señalando los juguetes que había por el suelo frente al sofá—. No esperaba a nadie.

Colt se giró para decirle que estaba acostumbrado a ver juguetes por todas partes en casa de sus dos hermanos, pero las palabras no salieron de su boca.

El bebé que Kaylee llevaba en brazos tenía

el pelo negro como el azabache. Había escondido la cara tímidamente contra el cuello de su madre, pero había algo en aquella niña que hizo que a Colt se le erizara el vello de la nuca y se le acelerara el pulso.

—¿Es tuya? —preguntó con cautela.

Kaylee se quedó mirándolo durante una eternidad y asintió.

—Sí, esta es mi hija Amber.

Al oír su nombre, la niña levantó la cabeza y, al ver que el desconocido la miraba fijamente, la volvió a agachar.

A pesar de la rapidez de su movimiento, Colt había acertado a vislumbrar los ojos azules de la niña. Eran de un azul vivo que sus cuñadas, Annie y Samantha, denominaban «azul Wakefield».

Colt sintió que el corazón le latía aceleradamente y calculó que la niña debía de tener la misma edad que Zach, el hijo de su hermano Brant. A partir de ese dato, no le costó mucho hacer el cálculo.

Tragó saliva.

—Es mía, ¿verdad, Kaylee?

Kaylee se mordió el labio inferior. Colt sabía la respuesta, pero necesitaba oírla de su boca.

—¿Kaylee?

Kaylee tomó aire y lo miró desafiante.

—Sí, Colt. Amber también es hija tuya.

Capítulo Dos

—Maldita sea, Kaylee, ¿por qué no me lo habías dicho? —estalló Colt.

Estaba nervioso y tuvo que tomar aire varias veces para intentar calmarse.

—¿No crees que tengo derecho a saber que tengo una hija?

—No —contestó Kaylee mirándolo con ira.

La vehemencia de su respuesta tomó a Colt por sorpresa. Jamás la había visto tan enfadada.

—¿Por qué no? —quiso saber.

Si había alguien allí que tenía derecho a estar enfadado era él, sin duda. Al fin y al cabo, Kaylee había sido la que lo había engañado.

La niña empezó a sollozar y se aferró al cuello de su madre. Por lo visto, los gritos la habían asustado.

—¿Quieres un zumo, cariño? —le preguntó Kaylee con voz dulce mientras le acariciaba la espalda.

La niña asintió.

—Espérame aquí un momento mientras la calmó —le dijo Kaylee a Colt mirándolo desafiante—. Ahora hablamos.

—Puedes estar segura de que vamos a hablar —murmuró Colt mientas observaba cómo Kaylee desaparecía en la cocina con su hija en brazos.

Su hija.

Sintió algo que no había sentido jamás, como una opresión en el pecho. Tenía una hija de dos años, una niña que era exactamente igual que él. Se le formó un nudo en la garganta y sintió que le costaba respirar.

¿Cómo había podido Kaylee hacerle algo así? ¿Por qué no le había dicho que se había quedado embarazada tras acostarse con él?

Colt estaba decidido a averiguar todo aquello y mucho más. Se quitó el sombrero y lo dejó en la estantería que había al lado de la puerta. No pensaba irse de allí sin haber obtenido las respuestas que quería.

Kaylee pasó a su lado para dejar a Amber en el suelo para que jugara con sus juguetes.

—¿Me lo ibas a decir algún día? —preguntó Colt.

—No —contestó Kaylee levantando una taza de café de la mesa.

Sorprendido, Colt hizo el amago de preguntarle por qué, pero

Kaylee le indicó que fueran a la cocina.

Mientras la seguía, intentó no fijarse en cómo los vaqueros cortados le abrazaban el trasero de forma perfecta. Para colmo, al llegar a la cocina, Kaylee se puso de puntillas para sacar de un armario otra taza para él y, al hacerlo, la camiseta rosa que llevaba se le subió hasta dejar al descubierto su tripa lisa y tersa.

Colt sacudió la cabeza. ¿Qué demonios le estaba pasando? Además-de no haberle hablado de su hija, Kaylee era la hermana pequeña de Mitch. Ya pesar de que había cedido a la tentación una vez, no estaba dispuesto a volverlo a hacer.

Kaylee le sirvió una taza de café y le indicó que se sentara. Ella se sentó enfrente de él, en una silla desde la que veía a su hija jugar con un osito de peluche.

—Si por mí hubiera sido, jamás te habrías enterado de la existencia de Amber —le dijo.

Colt sintió una mezcla de furia y confusión y tuvo que contar hasta diez antes de hablar. No le serviría de nada perder los nervios.

—Dejaste los estudios porque estabas embarazada, ¿verdad?

—Sí.

—Me lo tendrías que haber dicho. Te podría haber ayudado.

—Ni quería ni necesitaba tu ayuda —contestó Kaylee con voz trémula—. No quería que supieras de la existencia de Amber.

—¿Por qué? ¿Por qué crees que no tengo derecho a saber que tengo una hija?

—Renunciaste a ese derecho —contestó Kaylee sin mirarlo a los ojos.

—¿De dónde demonios te sacas eso? —.estalló Colt.

—La mañana siguiente al entierro de Mitch tu mensaje me llegó alto y claro —contestó Kaylee con resolución mirándolo con dolor y rencor—. No querías volver a verme, así que cuando descubrí que estaba embarazada, supuse que ese mismo sentimiento se extendía a mi hija.

La culpa que lo había asaltado durante los últimos tres años, se acrecentó en el corazón de Colt. Además de haberse acostado con la hermana pequeña de su mejor amigo la misma noche en la que lo habían enterrado, le había arrebatado su virginidad.

Colt era consciente de que se había portado mal a la mañana siguiente, pero había sido porque estaba tan avergonzado de su comportamiento que no había podido verla.

—Kaylee, no fue así. Yo...

—¿De verdad? —lo interrumpió ella acalorada—. ¿Cuántas veces en estos últimos tres años has intentado ponerte en contacto

conmigo, Colt?

Colt no creía que un hombre pudiera sentirse más rastrero, pero Kaylee le acababa de demostrar que sí.

—Reconozco que me comporté como un estúpido canalla, pero hay una razón…

—Demasiado tarde —dijo Kaylee poniéndose en pie—. No me interesa oír por qué te fuiste aquella mañana sin despertarme ni dejar una nota —le dijo tirando su café por el fregadero.

—Eh, que no había terminado —protestó Colt.

—Sí, ya has terminado —dijo Kaylee yendo hacia la puerta—. Me gustaría que te fueras. Lo único que quiero es que nos dejes a Amber y a mí en paz. Nos las hemos apañado bien hasta ahora sin ti.

Colt se dio cuenta de que Kaylee estaba intentando no llorar. Al comprender del daño emocional que le había hecho sintió náuseas.

Colt tomó aire, se puso en pie y la siguió. Necesitaba tiempo para asimilar la noticia de que era padre y para decidir cómo hacer para qué Kaylee lo escuchara.

—Creo que será mejor que continuemos esta conversación cuando los dos nos hayamos calmado…

—No, Colt —dijo Kaylee sacudiendo la cabeza—. Renunciaste a esta oportunidad hace tres años cuando me dejaste sin mirar atrás. Hiciste lo que quisiste, deja ahora que yo haga lo que quiera.

Al ver que una lágrima le resbalaba por la mejilla, Colt sintió que se le partía el corazón.

—¿Y qué es lo que quieres, Kaylee?

Kaylee tomó aire y se quitó la lágrima con manos temblorosas.

—Quiero que te vayas… exactamente igual que hiciste aquella mañana de hace tres años y… quiero que no mires atrás.

—No puedo hacer eso, cariño —dijo Colt acariciándole la mejilla —. Volveré mañana.

—Por favor, no —imploró Kaylee llorando y dando un paso atrás —. Sería mejor que volvieras al Lonetree y te olvidaras… de nosotras.

—Eso es imposible —dijo Colt amablemente.

Se puso su Resistol y miró a Amber. La niña, lo miró también, pero cuando se dio cuenta de que él la estaba mirando, sonrió tímidamente y se escondió detrás de su osito de peluche.

En aquel mismo momento, Colt se enamoró de su hija.

—Hasta mañana —se despidió abriendo la puerta—. Todo va a salir bien, cariño. Te lo prometo.

Al día siguiente, Kaylee esperaba nerviosa a que Colt volviera. Le daba miedo la confrontación que se iba a producir entre ellos, pero por otra parte quería volver a verlo Y aquello era un increíble problema.

Se había enamorado de Colt nada más conocerlo. Su madre decía que no era más que un capricho de adolescente y que algún día se olvidaría de él, pero Kaylee sabía que no iba a ser así.

Con el paso de los años, lo que sentía por él no sólo no se había desvanecido sino que se había hecho más fuerte.

Sin embargo, al despertarse aquella mañana y ver que la había abandonado, se había forzado a olvidarlo para seguir viviendo. Tenía que hacerlo. No habría podido sobrevivir pensando en él.

Por desgracia, el día anterior por la tarde se había dado cuenta de que Colt seguía afectándola de una forma que ella creía olvidada. Cuando Colt le había acariciado la mejilla, se le había acelerado el corazón como de costumbre, pero lo peor había sido descubrir que seguía teniendo el poder de causarle dolor emocional.

—¡Mamá, mira!

Kaylee levantó la mirada y observó a su hija reírse ante las verduras que bailaban y cantaban en la pantalla del televisor.

Sonriente, Kaylee miró a su hija y por enésima vez pensó en cuánto se parecía a su padre. El parecido entre ellos era tan evidente que siempre había sabido que si Colt la viera sabría inmediatamente que era hija suya.

El timbre la sacó de sus pensamientos. Al oír aquel sonido, Amber se apresuró a agarrarse a sus piernas. Su hija no estaba acostumbrada a los desconocidos y era extremadamente tímida.

Kaylee la tomó en brazos y aquella vez no se molestó en poner en marcha la grabadora con los ladridos perrunos. No había necesidad de hacerlo. Sabía perfectamente quién era.

—Hola —saludó Colt—. Perdón por llegar tarde, pero he parado a comprar un juguete para Amber —añadió tomando una bolsa del suelo.

Amber tenía el rostro escondido en el cuello de su madre y, al oír que aquella voz de barítono pronunciaba su nombre, se aferró a su progenitora.

Kaylee se hizo a un lado para que Colt entrara.

—Veo que no me escuchaste ayer cuando te pedí que te fueras y nos dejaras en paz.

Colt sonrió, algo que hizo que Kaylee sintiera un escalofrío por la espalda.

—¿De verdad creías que me iba a ir?
—No —suspiró Kaylee.
¿Por qué era tan guapo y tan encantador?
—Amber, te he traído un regalo —dijo amablemente.
—No está acostumbrada a los desconocidos —le dijo Kaylee—. Sobre todo a los hombres.
Colt la miró a los ojos y Kaylee se dio cuenta de que estaba especulando sobre su vida social, sobre todo con los hombres.
—¿No ha conocida muchos?
—No, a muchos no —contestó Kaylee.
En otras circunstancias, habría estallado en carcajadas pues hacía tres años que no salía con ningún hombre, pero Colt no debía saberlo. Para colmo, tuvo la audacia de parecer aliviado.
—Eso va a cambiar —anunció muy seguro de sí mismo—. Pronto se acostumbrará a verme todo el día.
¿Todo el día?
Kaylee sintió que el corazón le daba un vuelco. No le gustó cómo había sonado aquello. Había estado toda la noche pensando y había llegado a la conclusión de que no era justo que le negara a su hija el derecho a conocer a su padre, pero había que imponer unos límites.
—Colt, no me parece una buena idea.
—¿Por qué no? —preguntó Colt poniéndose bien el cabestrillo.
—¿Te sigue doliendo la clavícula? —preguntó Kaylee para cambiar de tema.
—No mucho —contestó Colt quitándose el sombrero y dejándolo en la estantería que había junto a la puerta—. Supongo que me empezará a doler cuando empiece la rehabilitación.
—Si la haces bien y no sobrecargas los músculos, no tiene por qué dolerte —dijo Kaylee notando que Amber había aflojado su abrazo, señal de que se estaba acostumbrando a la presencia de Colt —. ¿Cuándo empiezas la rehabilitación? —añadió Kaylee dejando a la niña frente al televisor.
—Dentro de un par de semanas —contestó Colt.
Kaylee lo oyó rebuscar en la bolsa de papel y cuando se dio la vuelta vio que estaba intentando sacar con un solo brazo una muñeca de trapo.
—Déjame ayudarte —dijo Kaylee acercándose a él.
Al sacar la muñeca de la bolsa, sus manos se rozaron y Kaylee sintió una descarga eléctrica por todo el cuerpo que la hizo apartarse.
—A Amber le va a encantar.

Colt se quedó mirándola durante unos segundos y carraspeó.

—¿Tú crees que se asustará si se la doy?

La expresión de inseguridad de Colt le llegó a Kaylee al alma. Era la primera vez que lo veía así, sin saber qué hacer.

—Espera un poco —le aconsejó—. Se está acostumbrando a ti.

Era obvio que Colt quería conocer a Amber, pero no quería hacer nada que pudiera disgustar a la niña.

—Sentémonos en el salón. Así, estarás cerca de ella, pero no demasiado y no se sentirá amenazada.

—Muy bien —contestó Colt—. Podemos hablar mientas Amber se acostumbra a mí —añadió siguiéndola hasta el salón.

Los dos se sentaron en el sofá y Kaylee sintió que le faltaba la respiración. Tuvo que ponerse a mirar a la niña para dejar de mirar a Colt y se dio cuenta de que Amber los miraba con curiosidad.

—No pasa nada, cariño. Colt es un amigo de mamá.

—Soy tu papá —dijo Colt con ternura—. No quiero que tenga dudas sobre eso —añadió mirando a Kaylee.

Amber no se dio cuenta de la repentina tensión que se había instalado entre los dos adultos y siguió mirando la televisión.

—Colt, he estado pensando mucho en nuestra situación...

—Yo no he podido pensar en otra cosa —asintió él—. No es algo que se pueda resolver en una noche.

—No, claro que no. Vamos a necesitar tiempo...

—Me alegro de que estemos de acuerdo en eso —sonrió Colt—. Así, las cosas serán mucho más fáciles.

¿Qué quería decir con eso? ¿Y por qué no paraba de interrumpirla?

—¿Qué te traes entre manos, Colt? —preguntó Kaylee.

—Me parece que lo que te voy a decir no te va a gustar.

Kaylee tenía la misma impresión.

—Dímelo y ya veremos —le dijo.

—Quiero que Amber y tú os vengáis al Lonetree conmigo.

Kaylee no se podía creer que a Colt se le hubiera ocurrido una idea tan absurda.

—Estás de broma.

—Hablo muy en serio, Kaylee —dijo Colt con determinación—. Quiero conocer a mi hija.

—La puedes conocer aquí —protestó Kaylee.

—No —insistió Colt mirando a la niña—. Si lo hacemos así, no voy a ser para ella más que un hombre que viene de vez en cuando y terminará olvidándome.

—A otros padres les da resultado —insistió Kaylee desesperada

—. ¿Por qué no iba a servir para Amber y para ti?

—Tal vez, si hubiera estado presente en su vida desde el principio, nos valdría, pero yo quiero ser su papá, no un hombre que sólo dice que es su padre.

—No puedo dejar mi trabajo en el hospital —dijo Kaylee—. Me echarían.

—No te preocupes por eso. Ya he hablado con tu superior.

—¿Cómo? —le espetó Kaylee furiosa—. Hoy es domingo así que no has podido hablar con nadie.

—Tengo mis métodos —contestó Colt.

—¿Y qué les has dicho? —quiso saber Kaylee sintiendo pánico.

—Me he puesto en contacto con el doctor Carson y le he preguntado qué hospital te envió al rodeo el mes pasado. Así, he conseguido que me dieran el nombre y el teléfono de tu jefe —le explicó Colt con calma.

Kaylee no se podía creer que Colt hubiera actuado de una manera tan arrogante.

—¿Has llamado a casa de Brad? Colt asintió sonriente.

—En cuanto le expliqué la situación...

Kaylee sintió que la sangre se le helaba en las venas. Ella jamás hablaba de su vida personal con sus compañeros de trabajo.

—Por favor, dime que no le has...

Colt negó con la cabeza y le acarició el pelo. —No, cariño, no le he contado todo. Eso solamente nos concierne a nosotros. Lo que sí le he dicho es que había un problema familiar y te necesitaba y le he pedido que te diera un permiso de dos meses —sonrió—. Sólo tienes que pasarte mañana por el hospital y firmar los papeles.

Kaylee sintió que la furia la hacía temblar.

—¿Cómo te atreves? —estalló poniéndose en pie y paseándose por él diminuto salón—. Una cosa es que aparezcas aquí y me digas que quieres formar parte de la vida de mi hija y otra...

—Nuestra hija —la corrigió Colt.

Ante los gritos, Amber empezó a llorar y se aferró a la pierna de su madre.

Kaylee, la tomó en brazos y continuó hablando con Colt.

—No tienes derecho a tomar decisiones por mí —le dijo—. No puedo estar sin trabajar. Tengo que pagar el alquiler, la letra del coche y...

—Ya me ocuparé yo de todo eso.

—No, de eso nada. No quiero nada de ti.

Colt se puso en pie y fue hacia ella.

—Sé razonable, Kaylee. Al fin y al cabo, te debo dos años de

manutención de Amber y, además, me gustaría contratarte para que me ayudes a estar en forma para la final del rodeo de noviembre. Podrás volver a casa cuando regresemos de Las Vegas.

—No quiero tu dinero —insistió Kaylee con cabezonería—. Y no quiero ayudarte a estar en forma para que te juegues la vida subiéndote a un toro durante ocho segundos.

—Cuando venga a buscaros mañana por la mañana, me pasaré por la oficina del casero para pagar el alquiler y para decirle que las instalaciones están hechos un asco —continuó Colt como si no la hubiera escuchado—. Además, Kaylee, me lo debes.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Por tu culpa, me he perdido los dos primeros años de vida de Amber —contestó Colt mirándola a los ojos—. Ahora, me tienes que dejar conocerla.

Kaylee sintió que no era dueña de su vida.

—Por favor, no me hagas esto, Colt —murmuró sintiéndose atrapada.

—Quiero a Amber y quiero que ella me quiera a mí —dijo Colt acariciándole la mejilla—. Por favor, no nos niegues la oportunidad de entablar una bonita relación, Kaylee.

El peso de la culpa se apoderó de Kaylee. Por mucho que le disgustara admitirlo, lo cierto era que se había comportado de manera injusta para Colt y para Amber.

Kaylee sabía a ciencia cierta que aunque Colt hubiera querido olvidar desde el principio la noche que habían pasado juntos, si hubiera sabido que iba a tener una hija se habría ocupado de ella con amor y dedicación.

Kaylee sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. No le había contado a Colt nada de Amber por su propio dolor y desilusión. Al hacerlo, le había negado a su hija la oportunidad de conocer a su padre.

—¿Qué me dices, Kaylee? —dijo Colt quitándole una lágrima con el pulgar—. ¿Os venís Amber y tú conmigo al Lonetree?

Kaylee miró al hombre que tenía ante sí, el hombre al que una vez amó con todo su corazón. Tenía razón. Se lo debía, pero iba a tener que tener cuidado. No quería volverse a enamorar de él. Su supervivencia dependía de ello.

—No me puedo creer que vaya a decir esto —dijo sintiendo que las piernas le flaqueaban.

—¿Vais a venir? —preguntó Colt esperanzado.

Kaylee tomó aire sintiéndose como si estuviera en la cuerda floja y sin red debajo.

—Sí, vamos a ir al Lonetree contigo, pero sólo hasta que estés recuperado y te vayas a competir a la final. Amber y yo no vamos a ir contigo a Las Vegas.

—Eso ya lo hablaremos.

La sonrisa de Colt hizo que a Kaylee se le acelerara el corazón y se arrepintiera inmediatamente de haber accedido a vivir en el Lonetree durante dos meses.

Capítulo Tres

—Maldición —murmuró Colt.

Al no poder utilizar todavía el brazo izquierdo, colocar la silla de Amber en el coche estaba resultando extremadamente difícil. —¿Algún problema? —preguntó Kaylee.

Colt se giró hacia ella, que llevaba a la niña en brazos.

—Ayúdame a poner la silla, por favor —contestó odiando que lo viera así de inútil.

Kaylee dejó a la niña en el suelo.

—No te muevas, cariño, mamá va a ayudar a Colt a poner tu sillita.

—Papá —dijo Colt muy serio—. Soy su papá,

Kaylee.

Kaylee se quedó mirándolo fijamente unos segundos y asintió.

—Voy a ayudar a tu... papá, Amber.

La reticencia de Kaylee a reconocerlo como el padre de Amber le dolía, pero Colt lo ignoró. Ya tendrían tiempo cuando llegaran al Lonetree de hablar y de solucionar las cosas. Con un poco de suerte, incluso de reconstruir la amistad que habían tenido en el pasado. Si lo consiguieran, las cosas serían mucho más fáciles.

Colt oyó un ruidito y miró hacia abajo. Su hija lo miraba con curiosidad, pero en cuanto vio que la estaba mirando se apresuró a esconderse detrás de la pierna de su madre.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará en sentirse cómoda en mi presencia? —dijo Colt preguntándose lo mismo sobre Kaylee.

¿Volvería algún día a encontrarse a gusto con él?

—No lo sé —contestó Kaylee mirándolo fijamente—. Estamos todos en territorio desconocido. Nos va a llevar algún tiempo.

Colt se dio cuenta de que se refería más a sí misma que a la niña, pero decidió no seguir hablando del tema y se metió en la furgoneta para colocar la silla.

—¿Listas para iros? Me gustaría ponernos en carretera cuanto antes pues el viaje es largo y quiero recorrer una buena distancia antes de parar a dormir.

—¿Parar?

Cuando se giró para mirarlo, un pecho de Kaylee le rozó el brazo. Colt sintió que la boca se le secaba.

—Había... —carraspeó—... pensado que sería mejor para Amber hacer el viaje en dos días.

Al ver que Kaylee se mojaba los labios, Colt tuvo que hacer un

esfuerzo supremo para no gemir de placer.

—Tienes razón —contestó ella por fin.

Kaylee tomó a Amber en brazos y se dirigió a las escaleras.

Voy a comprobar que no nos hemos dejado nada y a bajar la bolsa de juguetes de la niña —anunció.

Colt esperó a que Kaylee se metiera en el apartamento para soltar la respiración. Se miró las puntas de las botas descoloridas y le dio una patada a una piedra.

Se odiaba a sí mismo por haber conseguido que Kaylee accediera a ir al Lonetree haciéndola sentir culpable, pero necesitaba pasar tiempo con Amber para conocerla. Además, quería llegar a un acuerdo con su madre sobre la custodia y quería pedirle perdón por lo que había ocurrido entre ellos tres años atrás.

Colt se pasó la mano por el pelo y se masajeó la nuca en un intento de aliviar la tensión que se le había acumulado en las cervicales desde que el sábado por la tarde se enterara de que era padre de una niña.

¿Cómo iba a hacer para convencer a Kaylee de que aquella mañana no se había ido por su culpa? ¿Cómo le iba a explicar que se sentía como si hubiera traicionado la amistad de Mitch? ¿Y cómo hacerle entender que se sentía tan avergonzado de sus actos que no había tenido el valor suficiente para enfrentarse a ella?

—Desde luego, si dieran medallas por meter la pata, yo me llevaría la de oro —murmuró con disgusto.

No sabía cómo iba a hacerlo, pero tenía muy claro que debía arreglar las cosas con Kaylee.

La felicidad de Amber, de Kaylee y suya dependía de ello.

—Fuera, mamá, fuera —dijo Amber impaciente intentando soltarse el cinturón de la sillita.

—Aguanta sólo un poquito más, cariño —contestó Kaylee mientras Colt entraba en el vestíbulo del motel—. Colt… papá ha ido a pedir un par de habitaciones.

—Sueño no —dijo Amber.

—Ya sé que ahora no lo tienes, pero lo tendrás más tarde —sonrió Kaylee.

Observó cómo Colt hablaba con el recepcionista. Había decidido parar en Hays, Kansas, a pesar de que todavía era pronto. Lo había hecho con la excusa de que no quería que Amber se cansara, pero Kaylee sospechaba que también era porque le molestaba la clavícula.

Claro que si fuera así, jamás lo admitiría. Ni Colt ni la mayoría de los otros vaqueros que participaban en los rodeos de manera

profesional admitían ningún tipo de debilidad.

—¿En la primera o la segunda planta? —le preguntó cuando volvió a la furgoneta.

—En la primera —contestó Colt—. He pensado que sería más fácil.

Kaylee no preguntó a qué se refería, lo sabía perfectamente. Colt tenía intención de encargarse de todo el equipaje, tal y como había hecho aquella mañana en su casa. Como solamente podía utilizar un brazo, había tardado

un buen rato y había tenido que hacer varios viajes, pero se había negado rotundamente a que Kaylee lo ayudara.

—Déjame que lleve por lo menos mi maleta a mi habitación —dijo con decisión. —Nuestra habitación. Kaylee se paró en seco.

—¿Sólo has pedido una habitación? —Sí.

Kaylee sintió que el corazón se le aceleraba. —¿No tenían más?

—No lo sé —contestó Colt—. No lo he preguntado.

—¿Te importaría explicarme por qué no has pedido dos habitaciones? —preguntó Kaylee intentando no levantar la voz.

—Aunque me cueste admitirlo, seguramente voy a necesitar que me ayudes esta noche y mañana por la mañana —contestó Colt con expresión incierta.

—¿Con el cabestrillo?

Kaylee lo miró sorprendida pues no era normal que un hombre como él admitiera que iba a necesitar ayuda. En cualquier caso, no hacía falta dormir en la misma habitación para ayudarlo con el cabestrillo.

—Me cuesta mucho ponérmelo bien —dijo Colt con disgusto—. Es un...

Kaylee carraspeó y miró a Amber.

—Luego lo repite todo —le explicó.

La encantadora sonrisa de Colt la hizo estremecerse de pies a cabeza.

—Iba a decir una lata.

—Creía que...

—Que iba a decir una palabrota, ¿verdad? Desde que mis dos hermanos tienen hijos, he aprendido a morderme la lengua.

—¿Qué tal están? —preguntó Kaylee tomando a Amber en brazos.

—Más guapos que nunca —sonrió Colt.

A Kaylee siempre le habían caído bien los hermanos de Colt.

—¿Cuántos hijos tienen ya?

—Morgan y su mujer, Samantha, tienen dos niños —contestó

Colt guiándola hacia su habitación—. Brant y Annie tienen un niño y parece ser que otro en camino.

—Que Dios nos agarre confesados. Otra generación de hombres Wakefield —bromeó Kaylee.

—Sí, pero ahora también hay una niña Wakefield —apuntó Colt mirando a Amber mientras abría la puerta de la habitación.

Kaylee tragó saliva al ver la mirada de afecto genuino de Colt. Daba igual lo que sintiera por ella, pero sabía a ciencia cierta que ya adoraba a su hija.

Entró en la habitación sintiéndose culpable por haberlos tenido separados dos años y se puso a mirar a su alrededor para no tener que pensar en ello. Comprobó con alivio que había dos camas.

—¿Qué maleta querías que te trajera? —preguntó Colt.

Ya voy yo —contestó Kaylee dejando a Amber en el suelo.

—No, de eso nada —dijo Colt girándose y volviendo hacia la furgoneta.

—No seas ridículo, Colt —dijo Kaylee siguiéndolo—. Con el brazo en cabestrillo, vas a tener que hacer dos viajes. Yo puedo con una maleta perfectamente.

—Me vas a tener que ayudar con esta maldita cosa, pero eso no quiere decir que me haya vuelto un inútil —contestó Colt muy serio —. Yo iré por el equipaje. ¿Qué maleta necesitas?

Kaylee suspiró frustrada.

—La roja.

—La rora —dijo Amber.

—¿Me lo estaba diciendo a mí? —preguntó Colt con cariño.

—Puede ser —contestó Kaylee incapaz de decirle que, como la mayoría de los niños de dos años, Amber repetía casi todo lo que oía.

Colt se puso en cuclillas ante la niña.

—¿Quieres que papá vaya por la maleta roja, Amber?

Amber sonrió un segundo antes de esconderse tras la pierna de su madre.

—¿Has visto eso? —dijo Colt poniéndose en pie—. Me ha mirado un par de segundos antes de esconderse.

Kaylee se dio cuenta de que aquel pequeño gesto había significado mucho para él.

—Parece que estás haciendo progresos.

—Algo es algo —dijo Colt yendo a la furgoneta por el equipaje.

Una vez a solas, Kaylee tomó a su hija en brazos.

—Colt es nuevo en esto de ser padre, pero creo que lo va a hacer muy bien, ¿verdad, cariño?

Para su sorpresa, Amber se quedó mirando la puerta, la señaló y asintió como si estuviera completamente de acuerdo.

Colt sentía cómo el sudor le resbalaba por la frente mientras terminaba de hacer sus ejercicios en la habitación del hotel.

Tomó aire y apretó los dientes para empezar otra serie. Se suponía que tenía que hacer tres, pero él había decidido que si tres estaba bien, cinco estaba todavía mejor.

—Colt, ¿cuántas series has hecho ya? —le preguntó Kaylee saliendo del baño con Amber.

—Cuatro —contestó Colt sin mirarla.

Su idea había sido acabar los ejercicios antes de que Kaylee hubiera terminado de bañar a Amber, pero por lo visto había calculado mal el tiempo.

—Se supone que tienes que hacer tres, ¿no? —le preguntó Kaylee con los ojos entornados.

—Sí, pero tres series dos veces al día no es suficiente —contestó Colt.

—¡Para ahora mismo!

—¿Qué? —dijo Colt mirándola ante el tono de preocupación de su voz.

—Si haces más de lo que se te ha recomendado, podrías empeorar la lesión —le explicó Kaylee dejando a Amber en el centro de la cama—. Veo que sigues siendo tan cabezota como siempre. De hecho, me estaba preguntando cómo es que ya llevabas cabestrillo. ¿No deberías llevar todavía un corsé del ocho?

—El corsé era horrible. Lo llevé durante dos semanas y luego me deshice de él. Estaba harto de tener que estar pidiéndoles ayuda todo el rato a Morgan y a Brant.

—Así que decidiste por tu cuenta y riesgo que había llegado el momento de pasar a llevar el hombro en cabestrillo, ¿verdad? ¿Para qué ibas a consultarlo con el médico? —le reprendió Kaylee—. ¿Por lo menos llevas el cabestrillo noche y día o también has estado intentando quitártelo?

—Sólo me lo quito para ducharme —contestó Colt intentando desabrocharse los botones de la camisa con la mano derecha.

Kaylee se acercó y lo ayudó.

—¿Te duele más desde que has dejado de llevar el corsé?

—No, y tampoco me duele ahora —contestó Colt.

—Porque te he pillado y te he dicho que pararas —protestó Kaylee.

Colt sintió que su cuerpo volvía a la vida mientras ella le desabrochaba la camisa.

—¿Qué haces?

—Ayudarte a quitarte la camisa para que te puedas duchar —contestó Kaylee sacándole la camisa de los vaqueros.

Al hacerlo, le rozó el abdomen y Colt sintió una descarga eléctrica.

—Puedo hacerlo solo —dijo apretando los dientes.

—¿Ah, sí? ¿No fue idea tuya pedir sólo una habitación precisamente para que te pudiera ayudar? —dijo Kaylee enarcando una ceja.

—Sí, pero...

—Pero deja de quejarte y deja que te ayude.

Kaylee le desabrochó el botón de la manga derecha y la deslizó desde su hombro. Al sentir sus manos sobre la piel, Colt percibió que se le había entrecortado la respiración.

—Me refería a... que me ayudaras con el cabestrillo.

Kaylee ignoró su protesta y le desabrochó el botón de la manga izquierda.

—Claro, supongo que quitarte la camisa resulta de lo más fácil, ¿verdad?

Colt sintió las yemas de sus dedos en la muñeca y tuvo que concentrarse para enterarse de la conversación.

—No he dicho... que fuera fácil.

—¿Te importaría contestar a una pregunta? —dijo Kaylee deslizando la manga izquierda por su brazo.

A Colt se le antojó que la temperatura de la habitación había subido.

—Dispara —dijo.

—Me gustaría saber por qué los hombres no pedís ayuda cuando la necesitáis ni preguntáis cómo llegar a un sitio cuando no tenéis ni idea de cómo hacerlo —preguntó Kaylee dejando la camisa en el respaldo de una silla.

—No solemos... —se interrumpió Colt de pronto al sentir las manos de Kaylee en el cinturón—. ¿Qué haces? —tartamudeó.

—Has dicho que necesitabas que te ayudara y te voy a ayudar —contestó Kaylee desabrochándole el cinturón.

Parecía enfadada, pero Colt se dio cuenta de que su voz revelaba que estaba tan afectada como él.

—Kaylee...

No sabía muy bien qué era lo que le iba a decir, pero nunca terminó la frase porque Amber comenzó a reírse. Colt se giró hacia su hija y se le antojó que nunca había visto nada tan bonito.

—¿Te parece divertido que mamá grite a papá? —le preguntó

sonriente.

El bebé siguió riéndose y se escondió detrás de la muñeca que Colt le había regalado.

Distraído por aquel episodio, Colt tardó unos segundos en darse cuenta de que Kaylee se disponía a desabrocharle los vaqueros. En aquel mismo instante, toda la sangre de su cuerpo se concentró en su entrepierna.

—Creo… que a partir de aquí ya puedo yo —dijo con voz de adolescente.

—Por favor, soy enfermera y estoy acostumbrada a desnudar a los pacientes —dijo Kaylee disponiéndose a bajarle la cremallera—. Además, los dos sabemos que ya no te sientes atraído por mí ni yo me siento atraída por ti, así que no va a haber ningún problema.

A juzgar por el color sonrosado de sus mejillas y la duda que percibió en su voz, Colt se dio cuenta de que era completamente incierto que Kaylee ya no se sintiera atraída por él.

Sin embargo, en aquellos momentos, no era aquello lo que lo preocupaba. Tenía que conseguir que parara y rápido porque de lo contrario Kaylee se iba a encontrar con la prueba de lo encantadora que la encontraba él a ella.

Le agarró la mano y sacudió la cabeza.

—Te he dicho que a partir de aquí ya puedo yo.

—Muy bien —dijo Kaylee—. Siéntate para que te quite las botas.

—Puedo yo.

—¿Y cuánto tardas?

—Me las apaño —se defendió Colt sin admitir que las botas era lo que más le costaba quitarse y ponerse.

—Siéntate y levanta el pie —insistió Kaylee.

Divertido por su tono autoritario, Colt obedeció, pero la diversión se tornó tormento de nuevo cuando Kaylee se puso de espaldas a él. Con cada movimiento que hacía para quitarle la bota, su trasero, colocado a pocos centímetros de la cara de Colt, se movía y lo hacía estremecerse.

Colt cerró los ojos e intentó pensar en otra cosa que no fuera lo mucho que le apetecería demostrarle lo atractiva que la encontraba. Por fin, Kaylee le quitó las dos botas.

—¿Quieres que te ayude con algo más? —le preguntó girándose hacia él.

—No —contestó Colt sintiendo que no le llegaba el aire a los pulmones.

Se puso en pie y se acercó a su maleta para sacar ropa limpia antes de que Kaylee se diera cuenta de su excitación.

—Cuando hayas terminado de ducharte, te ayudaré a ponerte el cabestrillo de nuevo —dijo Kaylee tomando a Amber en brazos—. Dile buenas noches a papá, cariño.

Amber sonrió y negó con la cabeza antes de abrazarse al cuello de su madre y esconder la cara entre su pelo.

—Por lo menos, ya me sonríe —comentó Colt deseando poderla tomar en brazos.

—Vas progresando —dijo Kaylee menos enfadada.

Colt asintió y se metió en el baño. El proceso era lento, pero estaba seguro de que se estaba ganando a su hija.

Lo que más deseaba era poder recuperar también la amistad que había tenido con su madre. Así, tal vez, podrían ser todos felices.

Kaylee y Amber estaban dormidas y Colt miraba al techo y se preguntaba qué habría querido decir Kaylee con aquello de que él ya no la encontraba atractiva.

Giró la cabeza y observó a aquella mujer que dormía plácidamente en la cama de al lado junto a su hija.

La idea de que un hombre no se sintiera atraído por Kaylee como las abejas a la miel era tan ridícula que le dieron ganas de reír.

Kaylee era inteligente, divertida y tremendamente sensual. Tan sensual que cada vez que Colt estaba cerca de ella tenía que luchar con todas sus fuerzas para no excitarse.

Recordaba perfectamente cómo hacía cuatro años se había dado cuenta de que la hermana pequeña de Mitch, todavía una niña, se había convertido en una mujer guapa y deseable.

Había sido un par de semanas antes de que Kaylee cumpliera veinte años. Entonces, se había reunido con Mitch y con él para el rodeo de San Luis, tal y como hacía siempre. Sin embargo, cuando había llegado al hotel donde se hospedaban ellos, a Colt le había parecido que había cambiado.

Colt se había encontrado mirándola como si no la hubiera visto jamás. Se había fijado en su precioso pelo cobrizo, en esos increíbles ojos violetas y en cómo su sonrisa parecía iluminar toda la habitación.

A pesar de todo, jamás se había dejado llevar por la atracción que sentía por ella. No se había atrevido por miedo a que, si las cosas salían mal entre ellos, pudiera perder a su mejor amigo. La amistad era algo muy importante para Colt.

Ahora, las cosas eran muy diferentes. Mitch había muerto y por una debilidad suya tenía una hija con Kaylee.

Colt cerró los ojos ante la enorme culpa que le provocaba recordar la noche en la que Amber había sido concebida. Kaylee y él se habían arrojado el uno en brazos del otro por la enorme pérdida que acababan de sufrir.

El era mayor y debería haber sabido parar aquello, pero tenerla entre sus brazos había sido demasiado tentador y no se había podido resistir. Había consentido que el consuelo se tornara pasión y habían terminado haciendo el amor.

Colt suspiró. Desde luego, Kaylee tenía todo el derecho del mundo a odiarlo por haberle arrebatado su virginidad y haberla dejado sola criando un bebé. Sólo Dios sabía que él también se odiaba a sí mismo por lo que había hecho.

Por otra parte, y por mucho que Kaylee se empeñara en negarlo, la química entre ellos era más fuerte que nunca.

Por desgracia, Colt no creía que pudieran dejarse llevar por el deseo pues tenían a Amber y su bienestar era lo primero.

Colt miró a su hija y sintió que se le constreñía el pecho. Parecía un ratoncito. Aunque hacía sólo unos días que la conocía, la quería más que a su propia vida.

Volvió a mirar a Kaylee y una profunda sensación de pérdida se apoderó de él. Lo malo era que si intentaban tener algo más que una amistad y no les salía bien la ya de por sí complicada situación se complicaría todavía más y criar a Amber juntos se haría extremadamente difícil.

Colt tomó aire y se dijo que no debía volver a pensar en ello, que no era un riesgo que pudiera asumir, pero cuando se quedó dormido soñó con el cuerpo de Kaylee y con un futuro juntos que sabía que jamás podrían tener.

Capítulo Cuatro

—Colt, ¿has tomado un camino diferente para llegar al Lonetree? —preguntó Kaylee mirando por la ventana.

Había ido al rancho de Colt varias veces con Mitch, pero no recordaba la carretera por la que avanzaban en aquellos momentos.

—Cariño, llevamos en el Lonetree más de un cuarto de hora —sonrió Colt.

—Se me había olvidado lo grande que es —comentó Kaylee.

El rancho de su familia tampoco era pequeño, pero el Lonetree era uno de los ranchos privados más grandes de los Estados Unidos.

La mayor parte de los ranchos de aquellas dimensiones se habían vendido a multinacionales o se habían dividido en parcelas más pequeñas con motivo de las herencias.

Sin embargo, los hermanos Wakefield habían decidido tras el fallecimiento de su padre que el Lonetree debía permanecer intacto y debían trabajar en él todos juntos.

—Si lo que te estás preguntando es por qué no vamos hacia el norte, te diré que es porque yo ya no vivo en la casa principal —le informó Colt.

Kaylee tragó saliva. Ella había contado con compartir casa con Morgan y su mujer.

—¿Y dónde vives ahora?

—Hace dos años y medio, decidí construirme una casa a cinco kilómetros al noroeste de la casa principal —contestó Colt sonriente.

Kaylee lo miró furiosa.

—Cuando me pediste que viniéramos aquí, omitiste ese pequeño detalle adrede.

—No creí que accedieras a venir si supieras que no íbamos a vivir con Morgan y Samantha —admitió Colt.

—Tienes razón —dijo Kaylee cruzándose de brazos—. Muy bien, mañana mismo Amber y yo nos volvemos a Oklahoma en autobús.

Colt apretó los dientes y no dijo nada hasta que llegaron a una colina desde la que se divisaba un precioso valle.

—Esa es mi casa —señaló.

Kaylee se quedó sin aliento al ver una preciosa casa de dos pisos rodeada por una valla de madera blanca. Había varios caballos pastando alrededor y un precioso semental negro en el redil.

—¿Te gusta?

—Me encanta —confesó Kaylee recordando lo maravilloso que

era vivir en un rancho—. Es impresionante, Colt.

—Gracias —dijo Colt sinceramente agradecido—. En primavera, me gustaría construir un cobertizo y con el tiempo también me gustaría añadir una pista cubierta para poder entrenar.

Al oír aquello, Kaylee no pudo evitar sentir un escalofrío por la espalda. Desde que había perdido a su hermano en el rodeo, había dejado de gustarle aquel deporte.

—Bienvenidas a mi parte de Lonetree, señoritas —sonrió Colt parando la furgoneta ante su casa.

Amber se rió y se tapó la cara con las manos. —¿Te gusta la casa de papá? —le preguntó Colt.

Amber no contestó, pero se siguió riendo.

—Sigo progresando —sonrió Colt.

Kaylee percibió el amor con el que Colt miraba a su hija. Daba igual lo que había pasado entre ellos. Kaylee tenía la certeza de que Amber tenía un padre que la quería con todo su corazón.

Suspiró con melancolía. ¡Cuántas veces había imaginado que volvía a su hogar en el Lonetree acompañada por Colt y sus hijos! ¡Cuántas veces había soñado con estar casada con él!

Estuvo a punto de reírse ante aquellos recuerdos. Aquello había sido hacía muchos años, antes de haber crecido y de haberse dado cuenta de que el mundo no era un cuento con final feliz.

—Kaylee, ¿estás bien?

Kaylee levantó la mirada y vio que Colt había salido de la furgoneta y le había abierto la puerta.

—Sí —contestó sacando a Amber del coche—. Sólo estaba pensando en cómo han cambiado las cosas durante estos años.

Colt la miró unos segundos y le ofreció la mano para bajar. Sonrió con tristeza pues sabía que estaba pensando en su hermano.

—Sí, hay ciertas cosas que cambian. A veces no nos gusta, pero no podemos evitarlo —le dijo perdiéndose en sus ojos—. Sin embargo, hay cosas que no cambian aunque no lo parezca.

Kaylee no tenía ni idea de a qué se refería con aquel último comentario, pero decidió que había que hablar de cosas más agradables.

—¿Por dentro tu casa es tan bonita como por fuera o la has decorado en estilo soltero moderno? —bromeó dejando a Amber en el suelo y agarrándola de la mano.

Aquello hizo reír a Colt.

—Lo cierto es que es una mezcla entre estilo soltero moderno y Wakefield de toda la vida —contestó abriéndoles la puerta.

—A ver si lo adivino —sonrió Kaylee—. Te has llevado todos los

muebles que había en el desván de la casa principal.

—Sí —admitió Colt haciéndose a un lado para dejarlas pasar—. Me he comprado una mecedora nueva y una consola de videojuegos increíble.

—Supongo que eso es el estilo soltero moderno, ¿no? —bromeó Kaylee antes de entrar y quedarse sin aliento—. Colt, es absolutamente perfecta.

El tono dorado del suelo y de las paredes de madera combinado con el rojo, el azul y el amarillo de las telas de los sofás y de las sillas era precioso. Hacía que la estancia fuera de lo más cálida y acogedora.

—Me encantan los colores —comentó Kaylee reparando en que había varias esculturas y unas cuantas herramientas de labor de los indios americanos colgadas de las paredes.

—Samantha y Annie me han ayudado con la decoración —admitió Colt—. Lo cierto es que volví de un rodeo en Colorado Springs y no reconocía mi casa.

—Han hecho un trabajo maravilloso —comentó Kaylee sinceramente—. ¿No habías dicho que tenías también una mecedora y un sistema de videojuegos?

—Sí, pero eso está en la sala de estar —contestó Colt señalándole un gran salón.

Kaylee se sintió obligada a hacer la ronda de la casa, pero lo cierto era que lo que más le interesaba era la cocina pues le encantaba cocinar y siempre le había parecido que aquella estancia era el corazón de un hogar.

Tomó a Amber de la mano y nada más ver la cocina, se enamoró de ella. Tenía armarios de roble, encimeras de mármol negro y suelos de terracota.

—¿Te gusta? —le preguntó Colt.

—¿Cómo no me iba gustar? —sonrió Kaylee.

De repente, se dio cuenta de que un día Colt iba a compartir aquella cocina con una mujer, con una mujer que no iba a ser ella.

—Arriba, mamá, arriba —dijo Amber frotándose los ojos.

—Tienes sueño, ¿verdad, cariño? —dijo Kaylee tomando a su hija en brazos.

Menos mal que la niña había hablado en aquel momento y le había impedido seguir pensando en algo tan triste.

—¿Dónde la puedo dejar cuando se duerma? —le preguntó a Colt.

—Me parece que el mejor sitio va a ser el sofá de la sala de estar —contestó Colt pensativo—. Lo primero que vamos a tener que

hacer es pedirle una cuna prestada a Morgan o a Brant. También les voy a pedir una de esas verjas de madera que ponen para que los niños no se caigan por las escaleras.

Kaylee asintió y se llevó a Amber a la sala de estar. Una vez a solas, Colt suspiró aliviado. No había imaginado la felicidad que le iba a reportar que a Kaylee le gustara su casa. No esperaba que su opinión fuera tan importante para él.

En aquellos momentos, sin embargo, lo más importante era adecuar la casa a las necesidades de Amber.

Tomó aire y se dirigió a su despacho a realizar una llamada de teléfono que no le apetecía nada hacer. Llamara al hermano que llamara, iba a tener que dar muchas explicaciones.

Decidió que Brant le haría menos preguntas, así que marcó su número.

—Hola, hermano —lo saludó—. Necesito que me hagas un favor.

Veinte minutos después, cuando Colt aparcó su furgoneta ante la casa de su hermano, no le sorprendió ver que Brant lo estaba esperando en el porche.

—Muy bien, hermanito, escúpelo —dijo Brant en cuanto Colt abrió la puerta del conductor—. ¿Para qué necesitas todas esas cosas de bebé?

Colt le había dicho a su hermano que le explicaría para qué necesitaba la cuna y las demás cosas cuando llegara a su casa, pero lo cierto era que no le apetecía nada tener que hacerlo.

Sus dos hermanos conocían a Kaylee de sobra. La conocían desde hacía casi tantos años como él y, cuando se habían dado cuenta de que estaba completamente enamorada de él, le habían advertido que no le hiciera daño a menos que se las quisiera ver con ellos dos.

Sabía que a Brant no le iba a hacer ninguna gracia lo que tenía que decirle, pero no había más remedio que hacerlo.

—Necesito la cuna, y todo lo demás para mi, hija, Amber —anunció.

Su hermano lo miró confuso.

—A ver si me entero. ¿Tienes una hija que se llama Amber y está en tu casa?

—Sí —contestó Colt.

—¿Y su madre también? —preguntó Brant con el ceño fruncido.

—Su madre es la que quiere que Amber se duerma la siesta y

por eso he venido a recoger esto y tengo que volver cuanto antes —le explicó Colt.

—No te vas a librar tan fácilmente. Hay muchos detalles importantes que todavía no me has contado. ¿Cuánto tiempo tiene Amber? ¿Y quién es su madre?

Colt se apartó el Resistol de la cara, suspiró y se sentó en los escalones del porche.

—Creo que será mejor que te sientes —le indicó a su hermano.

—Me parece que no me gusta lo que me vas a decir —dijo Brant sentándose a su lado.

—A mí tampoco me hace mucha gracia tener que decírtelo —dijo Colt mirando al horizonte—. Amber tiene un par de meses menos que Zach, pero no he sabido de su existencia hasta hace cuatro días.

Brant silbó.

—Eso es injusto. Siento mucho que su madre no te considerara apto para saberlo. ¿La conozco?

—Sí —contestó Colt mirando a su hermano de reojo—. Amber es hija de Kaylee.

—¿De Kaylee Simpson? —dijo Brant sorprendido.

Colt asintió y esperó a que su hermano digiriera la noticia. No tardó mucho.

—¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando? —gruñó Brant—. Aparte de que tanto Morgan como yo te advertimos de que no la hicieras daño, ¿por qué diablos no usasteis métodos anticonceptivos?

Colt se masajeó la nuca y se reajustó el cabestrillo.

—Ninguno de los dos pensábamos con claridad aquella noche. Ambos estábamos destrozados por la muerte de Mitch —contestó mirando a su hermano a los ojos—. Te juro que no era mi intención acostarme con ella, pero cuando he conocido a mi hija me he dado cuenta de que no me arrepiento de haberlo hecho.

Brant asintió indicándole a su hermano que lo entendía.

—Yo sentí lo mismo cuando vi. a mi hijo por primera vez, pero eso no explica por qué Kaylee no te dijo nada cuando se enteró de que estaba embarazada.

Colt se encogió de hombros. No estaba orgulloso de lo que había hecho y no quería compartir los detalles.

—Digamos que tenía sus razones.

Brant asintió.

—Supongo que eso explica por qué no volvimos a saber nada de ella después de la muerte de Mitch.

—Sí —suspiró Colt—. También explica que cuando el año pasado Morgan se puso en contacto con ella para preguntarle si quería dar clases de equitación en el campamento que Samantha montó para niños sin hogar dijo que no.

_¿y cómo te enteraste de la existencia de Amber? —preguntó Brant de repente.

—Paré en casa de Kaylee para ver qué tal estaba y cuando abrió la puerta la tenía en brazos —le explicó Colt—. Nada más verla, supe que era mía.

—¿Es una Wakefield?

—Pelo negro y ojos azules —asintió Colt.

Se quedaron sentados un rato en silencio.

—¿Te vas a casar con Kaylee? —quiso saber Brant.

Colt giró la cabeza y se quedó mirando a su hermano.

—¿Has estado en el rodeo este fin de semana?

Brant era uno de los mejores competidores del circuito, pero lo miró sorprendido.

—Sí, pero eso no tiene nada que ver con...

—Pues te has debido de dar un buen golpe en la cabeza —dijo Colt con disgusto—. ¿Cómo se te ocurre pensar que Kaylee querría casarse conmigo si ni siquiera me dijo que estaba embarazada?

—¿Se lo has pedido?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que te diría que no? —le preguntó Brant muy serio.

—Porque lo sé —contestó Colt.

Había pensado pedírselo en cuanto se había enterado de la existencia de Amber, pero se había dado cuenta de que no podía ser. Aunque Kaylee quisiera casarse con él, algo que Colt estaba seguro de que no era así, tenían que pensar en la felicidad de Amber. Casarse por razones equivocadas podría resultar desastroso. ¿Qué ocurriría si su matrimonio no saliera bien? La niña podría quedar traumatizada por el divorcio y aquello sería peor que si nunca se hubieran casado.

—¿Pero vas a arreglar las cosas entre vosotros dos?

Colt asintió.

—Sí, por eso le pedí a Kaylee que viniera a casa conmigo. Lo primero que voy hacer es pedirle perdón.

—Buena idea —opinó Brant—. No sé lo que pasó entre vosotros, pero conozco a Kaylee y tuvo que ser algo espantoso para que no te dijera que estaba embarazada.

—Desde luego, no fue uno de mis mejores momentos —admitió

Colt—, pero quiero ver si somos capaces de reconstruir nuestra amistad y si podemos ponernos de acuerdo en cómo vamos a hacer para criar a Amber.

—Os queda mucho camino por recorrer —dijo Brant—. ¿Cuánto tiempo se van a quedar Kaylee y la niña contigo?

—Hasta finales de octubre —contestó Colt poniéndose en pie—. Será mejor que cargue la cuna y las demás cosas en la furgoneta y me vaya ya.

—Enhorabuena por tu paternidad —dijo Brant poniéndose también en pie—. Y buena suerte para arreglar las cosas con Kaylee.

—Gracias, me parece que la voy a necesitar.

Kaylee observaba a Colt mientras intentaba montar la cuna en la habitación que ella y Amber iban a compartir.

—Ya sé que te gusta hacer las cosas solo, pero me parece que te voy a tener que ayudar —comentó con diplomacia.

—Me parece que tienes razón —admitió Colt—. No puedo sujetarla y poner los topes de seguridad a la vez.

—Venga, yo la sujeto mientras tú la aseguras —propuso Kaylee acercándose.

—¡Ah! —exclamó Colt apartando la mano.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Kaylee dando la vuelta a la cuna y tomándole la mano entre las suyas.

Le examinó el pulgar intentando ignorar el cosquilleo que le subía por el brazo.

—No te has hecho una herida.

—No, sólo me he pellizcado —dijo Colt.

En aquel momento, Amber se rió y se escondió detrás de la muñeca que Colt le había regalado.

—Le pareces divertido —sonrió Kaylee.

. —¿Papá te parece divertido? —le dijo Colt a la niña.

Amber volvió a reírse y Kaylee hizo lo mismo.

—Yo diría que te encuentra de lo más divertido.

—Recuerdo un tiempo en el que a ti también te lo parecía —comentó Colt repentinamente serio.

Kaylee intentó soltarle la mano, pero Colt se lo impidió.

—Eso fue hace mucho tiempo —comentó ella con la respiración entrecortada.

—No tanto.

Kaylee lo miró y se quedó sin aliento. —¿Colt?

—Shh —Contestó él inclinándose sobre ella.

A Kaylee no le dio tiempo de reaccionar. Colt le soltó la mano y le pasó el brazo por los hombros para atraerla contra su cuerpo. Ella

ni siquiera protestó. Cerró los ojos y se dejó llevar.

Colt deslizó la lengua por sus labios y Kaylee abrió la boca sin dudarlo. Cuando sus lenguas se encontraron, Kaylee sintió que el corazón le daba un vuelco y cuando Colt deslizó las manos hasta su trasero y la apretó contra su erección sintió que el mundo daba vueltas a toda velocidad. Las piernas le temblaban y tuvo que agarrarse a la camisa de Colt.

—Mamá, arriba —dijo Amber tocándole, la pierna a su madre—. Arriba.

—Me parece que cierto ratoncito está celoso —comentó con cariño Colt antes de soltarla.

Kaylee dio un paso atrás y sacudió la cabeza.

—Esto no tendría que haber ocurrido.

Colt se quedó mirándola a los ojos y Kaylee sintió como si se ahogara en aquellas profundidades azules.

—Puede que no, pero te aseguro que no me arrepiento de que haya sucedido —le dijo.

Kaylee tragó saliva y tomó a Amber en brazos. Lo que debía hacer era salir corriendo de allí y volver a Oklahoma City.

—Colt, no creo...

—Shh, cariño —dijo él poniéndole un dedo sobre los labios y dirigiéndose a continuación hacia la puerta—. Necesito que me ayudes con otra cosa.

Kaylee lo siguió por el pasillo, agradecida por la interrupción. ¿Se había vuelto loca? ¿Por qué había dejado que la besara? ¿Es que acaso no había aprendido nada hacía tres años?

Colt le había roto el corazón y, si no tenía cuidado, podría volver a hacerlo.

—Me gustaría que decoraras esta habitación para Amber —le dijo guiándola hasta otro dormitorio que estaba vacío—. Compra todo lo que necesites: muebles, objetos de decoración, juguetes... lo que quieras.

—¿Estás seguro? —preguntó Kaylee dejando a la niña en el suelo—. Eso cuesta mucho dinero y ni siquiera hemos hablado de con cuánta frecuencia va a venir la niña al Lonetree.

—No me importa lo que cueste —contestó Colt—. Quiero que le guste a ella —añadió mirando a su hija y sonriendo.

Kaylee lo observó y se dio cuenta de que Colt adoraba a su hija y de que iba a ser un padre estupendo. Aquel pensamiento hizo que sintiera una opresión en el pecho.

—Kaylee, ¿estás bien? —preguntó Colt preocupado acercándose a ella y secándole una lágrima de la mejilla—. ¿Qué te pasa, cariño?

Kaylee no se había dado cuenta de que se le habían saltado las lágrimas y se sonrojó enfadada consigo misma.

—Supongo que me estaba dando cuenta de lo rápido que ha crecido mi hija —contestó a modo de excusa—. Si no te importa, voy a ir a la cocina a ver qué hago de cena.

Colt la miró con curiosidad.

—Claro —contestó sin embargo—. Haz lo que quieras. Quiero que Amber y tú os sintáis como en vuestra propia casa.

Kaylee agarró a su hija con manos temblorosas.

—Vamos, cariño. Vamos a la cocina. Amber miró a su madre y sonrió. —Comer.

Aquello hizo reír a Colt.

—Cómo se nota que eres hija mía —comentó—. ¿Tú crees que me dejaría quedarme con ella mientras tú cocinas?

—Puede que sí —contestó Kaylee—. ¿Tienes canal infantil?

—Seguro que sí —contestó Colt—. Tengo antena parabólica y mil canales, así que seguro que hay alguno que sea para niños.

—Me apuesto el cuello a que eso lo tienes para ver los partidos de béisbol —comentó Kaylee bajando las escaleras.

—Veo que me conoces bien —rió Colt.

—Creí conocerte bien en el pasado, pero me equivoqué — contestó Kaylee encogiéndose de hombros.

—Kaylee, tenemos que hablar de...

—Ahora no —lo interrumpió ella—. ¿Por qué no intentas ponerle el canal infantil a la niña?

Colt abrió la boca como si fuera a protestar, pero finalmente asintió y fue al salón a encender el televisor.

Una vez a solas, Kaylee suspiró aliviada. No estaba preparada para hablar de aquella noche de hacía tres años y no estaba segura de querer oír las razones que hicieron que Colt se fuera.

Observó cómo su hija avanzaba hacia el salón donde estaba Colt y se mordió el labio inferior ante la tristeza que la invadió.

Ir al Lonetree había sido un gran error. Iba a tener que estar durante dos meses enteros día y noche con Colt, viendo cómo su hija y él comenzaban a conocerse y experimentando cómo podría haber sido la vida si Colt la hubiera amado tanto como ella lo había amado a él.

Apartó aquel pensamiento de su cabeza y se puso a abrir armarios para preparar la cena. ¿Qué le estaba sucediendo? Había conseguido sobreponerse a Colt hacía mucho tiempo y tenía que seguir con su vida.

Sin embargo, mientras pelaba patatas y zanahorias para hacer

un guiso, no pudo evitar preguntarse cómo iba a sobrevivir dos meses sin volverse loca.

Capítulo Cinco

Colt sonrió mientras probaba qué tal tenía el hombro y el pecho sin el cabestrillo. Le molestaba un poquito, pero no le dolía.

—Ya era hora —murmuró.

Guardó el cabestrillo en lo alto del armario y salió de su habitación. Por él, no tenía ninguna intención de volvérselo a poner jamás, pero sabía que Kaylee pondría el grito en el cielo si lo tirara a la basura.

Si le echara un sermón sería mejor que el silencio que le había dedicado en el último par de semanas. Desde que la había besado, Kaylee, estaba pensativa y aunque habían pasado mucho tiempo juntos estaba distante tanto física como emocionalmente.

Colt no sabía qué tenía en aquella preciosa cabecita, pero estaba decidido a averiguarlo.

Al percibir el aroma del café recién hecho y de beicon frito, Colt aligeró el paso. Desde que Kaylee y Amber vivían con él, comía mejor que nunca. Al llegar al final de la escalera, saltó por encima de la valla de protección que habían colocado para Amber y entró en la cocina.

—Buenos días —saludó con alegría—. Aquí huele de maravilla.

—Buenos días —contestó Kaylee sirviendo el desayuno—. ¿Y el cabestrillo?

—En el armario de mi habitación —contestó Colt sentándose junto a la trona de Amber y sonriendo a su hija—. ¿Tú crees que mamá se va a poner a gritar a papá delante de ti?

—Mamá —dijo Amber señalando a Kaylee.

—¿Y papá? —preguntó Colt esperanzado.

Amber asintió y agarró un trozo de huevos revueltos con la mano para a continuación colocarlo sobre su cuchara.

Amber y Colt habían progresado mucho. La niña no le permitía aún que la tomara en brazos, pero había dejado de esconderse cada vez que la miraba y ya no se reía siempre que la hablaba.

—No, no te voy a gritar —contestó Kaylee entregándole un plato con huevos, beicon y salchichas y sentándose al otro lado de Amber —. Si tú dices que no te duele, no creo que te pase nada por no llevar el cabestrillo, pero te advierto que si te empieza a molestar lo que deberías hacer es volvértelo a poner. De lo contrario, sí que te voy a regañar como hago con mis pacientes nerviosos.

Colt sonrió.

—Sí, señora.

Aquello hizo reír a su hija. La risa de la niña era tan contagiosa que Colt se encontró también riendo. Le encantaba todo lo que hacía

Amber pues, por supuesto, para él era la niña más encantadora del mundo.

—¿Les gustaría a estas dos preciosa señoritas acompañarme esta mañana a dar un paseo por mi rancho? —les propuso.

Al día siguiente de que hubieran llegado Kaylee y la niña había empezado a hacer frío, pero la previsión meteorológica para ese día era más cálida.

—No —contestó Amber asintiendo con la cabeza.

Aquello hizo reír a Colt, quien miró a Kaylee.

—¿Eso es un sí o uno?

Kaylee sonrió y Colt se sintió como un niño con zapatos nuevos. Era la primera vez que la veía sonreír de forma genuina desde hacía varios días.

—Si le preguntas que si quiere ir fuera, seguramente obtendrás una respuesta mucho mejor.

—¿Amber, te gustaría que papá y mamá te llevaran a dar un paseo después de desayunar?

La niña sonrió y asintió con la cabeza tan fuerte que los rizos negros se movían como locos.

—Fuera, ahora.

—No, cariño, primero tienes que desayunar —le dijo Kaylee con afecto.

—¿Has decidido lo que vas hacer con su habitación? —preguntó Colt.

—La verdad es que no —contestó Kaylee encogiéndose de hombros—. Creo que voy a mirar en Internet a ver qué encuentro.

—Buena idea —dijo Colt terminándose los huevos.

A continuación, recogió la mesa, fregó los platos y los metió en el lavavajillas.

—Podrías llamar a Annie y a Samantha. Seguro que estarán encantadas de acompañarte de compras a Laramie.

—Sí, puede que las llame —contestó Kaylee limpiándole la cara y las manos a Amber—. ¿A qué hora quieres que nos vayamos de paseo?

—Cuando estéis listas.

Kaylee bajó a su hija de la trona y la agarró de la mano.

—En cuanto le quite el pijama, bajamos.

—Colt las observó mientras iban hacia las escaleras. Aunque Kaylee parecía más alegre aquella mañana había un componente

triste en su comportamiento que lo desazonaba. Saber que la causa de su tristeza era él lo hacía sentirse como el mayor canalla del mundo.

¿Qué iba a hacer para arreglar las cosas? ¿Qué podía hacer para conseguir que Kaylee volviera a sonreír?

Kaylee no quería ni oír hablar de por qué se había ido aquella mañana después de hacerle el amor. No quería escuchar sus excusas y Colt no la culpaba por ello.

Durante todos aquellos años, Colt se había dicho una y otra vez que había huido porque se sentía como si hubiera traicionado la confianza de Mitch, pero lo cierto era que se había asustado por lo que Kaylee le había hecho sentir aquella noche.

Jamás se había sentido tan emocionalmente conectado a otra persona. Aquello le había dado pánico.

¿Había estado a punto de enamorarse de ella?

Inmediatamente, rechazó la posibilidad. Aquella noche ambos estaban hipersensibles por la pérdida de Mitch. Por eso, habían buscado consuelo uno en los brazos del otro.

—Te estás volviendo loco —murmuró para sí mismo.

Sacudió la cabeza, salió al pasillo y una vez en el vestíbulo se puso el sombrero. Lo que tenía que hacer era encontrar la manera de arreglar lo que había hecho hacía tres años y conseguir volver a ser amigo de Kaylee, no confundir aquello con el psicoanálisis.

—¿Cuántos años tiene el semental? —preguntó Kaylee ante el redil en el que estaba el animal.

—Hará cinco años en primavera.

Colt estaba tan cerca que Kaylee sentía el calor de su cuerpo, y percibía el olor de su aftershave. Para poner un poco de distancia entre ellos, tomó a Amber de la mano y se acercó a la valla. Sintió que el corazón se le caía los pies cuando Colt la siguió.

—Echo de menos tener un caballo —comentó Kaylee pensativa.

—¿Qué pasó con tu yegua?

—Tuve que venderla cuando vendí el rancho —contestó Kaylee sintiendo todavía pena al pensar en la yegua que le había regalado su hermano cuando había cumplido veinte años.

—¿Por qué vendiste el rancho, Kaylee?

Ante el cariño que percibió en su voz, Kaylee sintió que la piel se le ponía de gallina. No le había contado por qué había vendido el rancho porque lo cierto era que no habían hablado de nada personal en las dos últimas semanas.

—No tenía dinero para mantenerlo —admitió por fin.

Le había dolido increíblemente tener que deshacerse de una

propiedad que su familia tenía desde hacía setenta y cinco años, pero no había tenido más remedio.

Colt la miró con el ceño fruncido y se apoyó en la valla.

—Pero Mitch me comentó en más de una ocasión que invertía todo lo que ganaba desde que murieron vuestros padres —comentó.

—Así era —sonrió Kaylee mirándolo—. Invirtió en el rancho.

—¿No ahorró nada? —preguntó Colt con incredulidad.

—No —contestó Kaylee—. Cuando empezó a criar toros, canceló todas sus cuentas bancarias.

—Qué orgulloso estaba de sus toros —recordó Colt.

—Tenía razones para ello, pero lo que no te dijo ni a ti ni a mí ni a nadie fue que no sólo invirtió en ellos sus ahorros sino que también hipotecó el rancho.

—No lo sabía, cariño —dijo Colt acariciándole la mejilla.

Inmediatamente, Kaylee sintió una descarga eléctrica por todo el cuerpo.

—Yo tampoco. Estaba en la universidad y no me enteré hasta que una semana después de su muerte comencé a ordenar sus papeles —le explicó Kaylee tragando saliva—. Lo habría recuperado con el tiempo, pero... murió —añadió con lágrimas en los ojos—. Sin los ingresos que reportaban sus premios en el rodeo, yo no podía mantener el rancho.

—Lo siento mucho, cariño —dijo Colt abrazándola.

Kaylee se dijo que debería apartarse antes de cometer una estupidez, pero sentirlo tan cerca era tan consolador que no pudo.

—Mamá, arriba —dijo Amber.

Colt soltó a Kaylee y se agachó para tomar a su hija en brazos, pero la niña se apartó.

—¡No! Mamá.

Kaylee se secó las lágrimas y tomó a su hija en brazos. Inmediatamente, la niña se abrazó a su cuello y escondió la cara.

—No pasa nada, cariño —le aseguró Kaylee—.

Mamá se ha comportado como un bebé grande y estaba sintiendo lástima por sí misma.

—Tienes todo el derecho del mundo...

—Voy a llevar a Amber dentro de casa —lo interrumpió Kaylee alejándose.

Sentía la mirada de Colt clavada en ella. Lo único que le quedaba era el orgullo y necesitaba tiempo para recomponerse antes de volver a verlo. Se había pasado tres años luchando para no lamentarse ante todo lo que había perdido y ahora se sentía avergonzada por haberlo hecho delante de Colt.

Colt se quedó mirando a Kaylee mientras entraba en casa y, en el momento que lo hizo, se puso a maldecidse a sí mismo.

¿Cómo la había dejado sola después de la muerte de Mitch? ¿Por qué, por lo menos, no la había llamado por teléfono para ver qué tal estaba?

Por otra parte, sabía que Kaylee jamás hubiera admitido que necesitaba ayuda, jamás la habría aceptado aunque la necesitara. Colt sacudió la cabeza. Kaylee era una mujer muy orgullosa.

—¿En qué demonios estabas pensando, Mitch? —murmuró.

No podía cambiar el pasado, no podía resucitar a su amigo para preguntarle por qué había dejado a su hermana sin recursos para mantener el rancho y no tenía sentido perder el tiempo pensando en ello.

El pasado no se podía cambiar, pero ante él se extendía el futuro, un futuro que podía ser más fácil para Kaylee. Estaba decidido a que tuviera una vida feliz.

De repente, Colt sonrió.

Se metió en casa y se encerró en su despacho. A continuación, marcó el número de uno de sus hermanos.

—Morgan, necesito que Brant y tú me ayudéis a encontrar la yegua de Kaylee.

—Colt, sólo te lo voy a decir una vez —dijo Kaylee muy seria—. Si no dejas de hacer el bestia con la rehabilitación, dimito. Me voy y te buscas a otra persona que te ayude.

—No creo que me venga mal hacer una serie extra de los ejercicios isométricos —protestó Colt—. Además, si no me esfuerzo un poco más no puedo estar curado para las finales.

—Me importa muy poco que no puedas ir a Las Vegas —dijo Kaylee sinceramente—. No te estoy ayudando para que vuelvas a estar en forma y puedas volver a competir para que te caigas o... algo peor.

—Tranquila, cariño —la tranquilizó Colt acercándose ella.

—Estoy muy tranquila —mintió Kaylee dando un paso atrás.

No quería que Colt supiera que el mero hecho de imaginárselo sobre un toro la hacía estremecerse.

—No pienso ayudarte para que te juegues la vida por un subidón de adrenalina de ocho segundos —añadió.

—Siempre has sabido lo que el rodeo significa en mi vida. ¿Por qué no quieres ahora que vuelva a competir?

Kaylee tragó saliva y dio otro paso atrás. ¿Cómo decirle que, aunque sabía que no tenían futuro juntos, no sabía si podría soportar que le ocurriera algo?

Antes de que le diera tiempo de inventarse una excusa, Colt avanzó hacia ella, le levantó la cara y la miró a los ojos.

—¿Es por lo que le pasó a Mitch? ¿Temes que a mí me pase lo mismo?

—Sí... quiero decir no —contestó Kaylee—. No es eso —añadió intentando dar otro paso atrás, pero se encontró con la pared.

—¿Entonces qué es, Kaylee? ¿La idea de verme herido te asusta?

—No me gusta ver a nadie herido —contestó Kaylee de forma evasiva.

De repente, se dio cuenta de que le costaba respirar teniéndolo tan cerca. Colt se había quitado la camisa para hacer los ejercicios y debido al sudor todos los músculos de su torso brillaban.

Kaylee nunca lo había visto tan guapo.

—¿Sabes lo que yo creo? —le dijo Colt al oído.

Kaylee negó con la cabeza. No podía hablar.

—Creo que no quieres admitir que estás preocupada por mí. Aunque no lo digas, creo que te provocaría un gran sufrimiento verme herido —dijo Colt deslizando los labios por su cuello—. ¿Tengo razón, cariño?

Kaylee cerró los ojos e intentó retomar el control. ¿Qué quería que contestara si tenía el corazón a mil por hora y las piernas temblándole?

Cuando sintió sus brazos alrededor, abrió los ojos y le puso las manos en el pecho para quitárselo de encima.

—Colt, yo...

—No pasa nada, cariño —le dijo él inclinándose sobre ella—. Sólo te voy a besar.

Desde el primer roce de sus labios, Kaylee se supo perdida. No podía pensar con claridad y, menos, protestar.

Volvió a cerrar los ojos y abrió la boca sin oponer resistencia. Sabía que aquello era peligroso, pero al sentir la lengua de Colt su cuerpo volvió a la vida y Kaylee se apretó contra él sin pudor.

Quería besarlo, volver a saborear sus besos. El corazón le latía aceleradamente y le faltaba el aliento mientras la pasión que había tenido a raya durante tres años se desperezaba.

Cuando Colt tomó uno de sus pechos en la palma de su, mano y el pulgar jugueteó con el pezón erecto, Kaylee sintió que el estómago se le daba la vuelta. Ningún otro hombre en su vida le había hecho sentir así.

Kaylee avanzó las caderas hacia delante y sintió su erección. Colt la deseaba tanto como ella a él.

Al darse cuenta de que podía volver a sentir por él lo que había

sentido en el pasado, Kaylee recuperó la cordura. Si no paraba aquello, corría el riesgo de volver a hacer el ridículo.

¿No había aprendido acaso que el deseo físico no era lo mismo que el amor? No podía y no debía volver enamorarse de él.

—Por favor... Colt. Suéltame. Colt la miró a los ojos. —Tenemos que hablar.

Kaylee negó con la cabeza y se apartó de él. —Tengo que ir a despertar a Amber de la siesta. Annie me ha llamado esta mañana y he quedado con ella para ir de compras.

Colt la agarró del brazo.

—Kaylee, algún día me vas a tener que escuchar.

—No sé para qué, Colt —contestó Kaylee soltándose de su garra —. Nunca hemos estado en el mismo plano y no creo que lo estemos jamás.

Colt la observó mientras se iba, con la cabeza muy alta y rodeada de orgullo como si fuera una armadura. ¿Cómo demonios iba a hacer para llegar hasta ella? ¿Cómo le iba a explicar lo que había ocurrido aquella noche de hacía tres años si Kaylee no quería escucharlo?

Se sentó en el banco de abdominales y se quedó mirando a la nada. Necesitaba que Kaylee le prestara atención, pero, ¿cómo iba a conseguir eso?

El único momento en el que estaban solos era cuando Amber dormía la siesta y Kaylee había insistido en que realizaran la rehabilitación entonces.

En el transcurso de la última semana, había intentado hablar con ella en un par de ocasiones mientras realizaban los ejercicios, pero Kaylee se había convertido entonces en una fisioterapeuta desconocida de carácter impenetrable.

Aparte de amordazarla y atarla, a Colt no se le ocurría cómo conseguir que lo escuchara.

—Pareces en otro mundo, Colt. ¿Te pasa algo? —le preguntó su cuñada Annie desde la puerta.

Colt la miró y negó con la cabeza, pero a continuación asintió.

—Tengo un horrible problema que se llama Kaylee.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—No tendrás una cuerda y esparadrapo, ¿verdad? —bromeó Colt.

—No, no suelo llevar ese tipo de cosas en el bolso-contestó Annie sentándose a su lado—. Aunque lo cierto es que a veces me gustaría tenerlos a mano para conseguir que tu hermano me escuche.

—Es un cabezota, ¿verdad? —sonrió Colt.

—Exactamente igual que tú y que Morgan —sonrió Annie—. ¿En qué te puedo ayudar, entonces?

—¿Tenéis Brant y tú planes para mañana por la noche? —le preguntó Colt mientras una idea comenzaba a tomar forma en su cabeza.

—No. Tu hermano no tiene rodeo este fin de semana, así que estamos libres. ¿Qué quieres que hagamos?

—Creo que a Kaylee le vendría bien salir una noche. ¿Os importaría veniros aquí un rato con Zach y quedaros con Amber mientras nosotros vamos a Laramie?

Annie sonrió.

—En absoluto —contestó—. Voy a llamar a Morgan y a Samantha para que se vengan también y se traigan a Timmy y a Jared. Creo que ya va siendo hora de que los primos Wakefield se conozcan.

Colt asintió.

—¿Te importaría no comentarle nada de esto a Kaylee cuando salgáis hoy de compras? Quiero darle una sorpresa.

—¿Estás seguro? Te digo por experiencia que a las mujeres nos gusta saber con un poquito de antelación cuándo vamos a tener una cita.

—Es que esto no es una cita.

—Lo que tú digas, Colt —contestó Annie poniéndose en pie al oír que Kaylee y Amber bajaban las escaleras—. ¿Dónde la vas a llevar?

¿Dónde la iba a llevar?

—Supongo que a cenar —contestó Colt por fin—. Tal vez, también al cine.

—¿Y dices que no es una cita? —sonrió su cuñada—. ¿Cómo lo llamarías entonces?

—No lo sé... pero, desde luego, no es una cita.

Acompañó a Annie al salón y observó cómo se abrazaban las dos mujeres.

—Cuánto me alegro de volver a verte, Annie —dijo Kaylee.

—Lo mismo digo —contestó Annie—. Y tú debes de ser Amber —añadió inclinándose sobre la niña.

Amber sonrió y alargó los bracitos para que Annie la tomara en brazos.

Colt no pudo evitar sentir envidia al ver a su hija en brazos de su cuñada. Habían transcurrido tres semanas desde que se conocían y había conseguido que su hija hablara y se riera con él, pero no lo

dejaba agarrarla en brazos todavía.

Mientras Kaylee se ponía la cazadora y se colgaba el bolso del hombro, las dos mujeres comenzaron a hablar de parar en una tienda llamada Baby World para que Annie pudiera comprar una cosa que se llamaba canastilla o algo así y que por lo visto necesitaba para cuando naciera su bebé en un par de meses.

Colt se sacó la tarjeta de crédito de la cartera y se la dio a Kaylee.

—Compra lo que quieras —le dijo—. Si encuentras los muebles para la habitación de Amber, no dudes en comprarlos. Mañana iré yo a recogerlos con la furgoneta —insistió cuando Kaylee comenzó protestar.

Kaylee aceptó por fin la tarjeta, pero Colt advirtió que tenía cuidado de no tocarle los dedos.

—A lo mejor están de rebajas —comentó.

Colt se encogió de hombros.

—No me importa lo que cueste. Compra lo que quieras.

Annie dejó a Amber en el suelo. —¿Preparada para que nos gastemos el dinero de tu papá, Amber? —sonrió.

—Papá —repitió Amber señalando a Colt. Colt sintió que se hinchaba como un pavo y que la sonrisa se le salía de la cara. Era la primera vez que su hija lo llamaba papá y jamás hubiera imaginado que le iba gustar tanto.

—Colt, mantén el codo recto y el hombro elevado para que tu brazo se quede en paralelo al suelo —dijo Kaylee acercándose—. Ahora, acércalo al cuerpo.

Kaylee le tomó el brazo e intentó ignorar lo fuerte que estaba y lo mucho que la afectaba estar tan cerca de él, así que se apresuró a colocar una estrecha banda de goma en su mano izquierda y en llevarse el otro extremo hasta el lado derecho.

—Con el brazo recto, quiero que tires de la goma todo lo que puedas sin que te duela —le indicó.

—Eso es fácil —contestó Colt.

Sin embargo, cuando empezó el ejercicio, Kaylee se dio cuenta de que hacía una mueca de dolor cuando la banda estaba casi a la misma altura del hombro.

—Ya basta. Ahora, bájalo lentamente —le dijo—. La próxima vez, no subas tanto. No quiero que te duela.

—El que algo quiere, algo le cuesta —contestó Colt tirando de nuevo de la goma.

Capítulo Seis

Al darse cuenta de que estaba sudando, Kaylee le retiró la banda de goma.

—Ya está —anunció yendo hacia la puerta.

—Eh, que no he terminado —protestó Colt frunciendo el ceño—. Me has dicho que hiciera dos series de diez y sólo iba por la primera.

—También te he dicho que pararas si te dolía —le espetó Kaylee girándose hacia él.

—No me dolía mucho —insistió Colt.

Kaylee se fue a por él enfadada.

—Mira, señor Macho Cowboy —le dijo señalándole el pecho con el dedo índice—, yo no te he dicho nada de dolor. ¿Qué parte de la frase es la que no comprendes?

Colt se secó el sudor con una toalla.

—Entiendo la frase, pero no estoy de acuerdo.

—Entonces, será mejor que te busques otra terapeuta —le dijo Kaylee saliendo de la sala de rehabilitación.

—No quiero otra terapeuta —contestó Colt tomándola del brazo.

Kaylee le miró la mano y a continuación lo miró a los ojos.

—Yo no trabajo con pacientes que se niegan a seguir mis instrucciones.

Se quedaron mirando en silencio durante varios segundos hasta que, por fin, Colt asintió y la soltó.

—Está bien. Haré lo que tú me digas, pero con una condición.

—¿Me vas a poner condiciones? —rió Kaylee—.

Desde luego eres una joya.

Colt sonrió encantado.

—Sí, por eso siempre te he gustado.

—Venga ya —dijo Kaylee poniendo los ojos en blanco—. ¿Cuál es la condición?

—Quiero que me acompañes a Laramie a recoger los muebles de la habitación de Amber

—contestó Colt—. Nos vamos a las cinco.

Kaylee miró la hora.

—Para cuando lleguemos allí, habrán cerrado. Colt negó con la cabeza.

—He hablado con ellos por teléfono y los viernes no cierran hasta las ocho.

—No creo que deba ir porque... —Por favor —suplicó Colt.

Al ver su mirada esperanzada, Kaylee no pudo decir que no.

—Está bien —contestó—, pero no olvides tu parte del trato.

—¿Cuál era? —preguntó Colt frunciendo el ceño.

Kaylee le dio unos golpecitos con el dedo en el hombro.

—Nada de dolor.

—Ah, sí —sonrió Colt—. No te preocupes.

Kaylee pensó que Colt se había rendido demasiado fácilmente, pero no tuvo tiempo de preguntarle por qué pues oyó a su hija que se acababa de despertar de la siesta.

—Voy a buscar a Amber y ahora bajo para terminar tus ejercicios.

—¿Qué te parece si lo dejamos por hoy? —propuso Colt.

Kaylee lo miró extrañada.

—¿Acabas de pasarte diez minutos insistiendo en que quieres forzar y ahora me dices que lo quieres dejar por hoy? —dijo frunciendo el ceño—. ¿Te duele?

—No —rió Colt mientras subía las escaleras—, lo que pasa es que he pensado que será mejor que nos vayamos vistiendo para salir.

Kaylee se paró en seco, lo que hizo que Colt se chocara contra ella. Al hacerlo, Kaylee experimentó una descarga eléctrica de la cabeza a los pies.

—Solamente vamos a recoger una cama, un colchón y una cómoda —le dijo apartándose apresuradamente—. Esto no es una cita.

—No, claro que no es una cita —dijo Colt negando con la cabeza.

—Si esto no es una cita, Colt Wakefield, ¿cómo lo denominarías tú?

Colt miró a Kaylee con el rabillo del ojo mientras conducía hacia Laramie. Nunca la había visto tan enfadada, pero al menos ahora le hablaba. Aquello era mejor que el horrible silencio en el que se había sumido cuando había visto aparecer en su casa a Brant, a Annie y a su hijo que llegaban para cuidar a Amber.

Durante unos minutos, Colt había estado seguro de que Kaylee se iba a negar a acompañarlo.

—Sólo es salir una noche —contestó con calma.

Tal vez Annie tuviera razón. Tal vez a las mujeres no les gustaban ese tipo de sorpresas.

—Lo tenías todo preparado, ¿verdad? —lo acusó Kaylee—. No ha sido una casualidad que Annie y tu hermano llegaran justamente cuando nos íbamos a ir.

—No te voy a mentir —contestó Colt—. Había hablado con ellos para que se quedaran cuidando a Amber esta noche —admitió mirando el reloj—. Supongo que Samantha, Morgan y sus dos hijos ya habrán llegado también.

—¿Por qué? —quiso saber Kaylee.

—Porque he pensado que necesitabas tomarte un descanso —contestó Colt sinceramente—. Te pasas el día cocinando y ayudándome con mi rehabilitación y quería darte las gracias. Por eso, decidí invitarte a cenar y al cine.

—¿Y no te parece que habría sido más considerado por tu parte preguntarme antes de arreglarlo todo? —preguntó Kaylee irritada, pero ya no tan enfadada.

—Quería darte una sorpresa —se defendió Colt.

Por supuesto, no mencionó que sabía que Kaylee jamás habría dicho que sí si se lo hubiera pedido.

—Desde luego, te has salido con la tuya. Me siento como en un secuestro —dijo Kaylee mirando por la ventana un buen rato—. ¿Me podrías prometer una cosa, Colt?

—¿De qué se trata, cariño?

—Por favor, no juegues conmigo. Nunca me han gustado los jueguecitos.

Al percibir su tono de voz, Colt paró el coche en el arcén, apagó el motor y la miró.

—Kaylee, mírame —le pidió.

Pero ella negó con la cabeza, así que Colt le levantó el mentón con un dedo y la miró a los ojos.

—Te doy mi palabra de que no estoy jugando contigo. En las últimas tres semanas no has parado y realmente he creído que te vendría bien relajarte un poco —le dijo apartando la mano pues al tocarla se le había elevado la temperatura corporal por las nubes—. Lo de esta noche no es más que el plan de dos viejos amigos que salen a charlar y a reírse un poco. Sólo eso.

Kaylee lo miró fijamente y asintió resignada.

—Muy bien —dijo—, pero me gustaría volver a casa pronto. Amber está estupendamente atendida con Annie y se lo va pasar en grande jugando con tus sobrinos, pero está acostumbrada a que yo la meta en la cama y se podría asustar.

—Me parece bien —contestó Colt poniendo la furgoneta en marcha y volviendo a la carretera—. Vamos a recoger los muebles y a la vuelta pararemos en el Spoke Broken Steakhouse.

—¿Es ese el sitio en el que invitan a comer a todos los acompañantes de la persona que consiga comerse el filete más

grande que tienen? —preguntó Kaylee más relajada.

—Exacto. Se trata de un chuletón de buey de novecientos gramos, pero eso no es lo complicado, lo malo es que te tienes que comer también la enorme montaña de patatas fritas que lo acompaña. Siempre que Mitch se venía a casa conmigo, parábamos allí —recordó Colt—. Y siempre nos tenían que invitar.

—Me lo creo —sonrió Kaylee—. Mitch comía muchísimo. De hecho, creo que nunca he conocido a una persona que comiera tanto como él.

—Lo que es increíble es que estaba delgado.

—Sí —rió Kaylee—. Era de lo más injusto. Mitch comía como un animal y nunca engordaba mientras que yo me ponía a régimen y ganaba kilos.

Ambos rieron.

—Mitch y yo nos lo pasábamos muy bien juntos —recordó Colt mirando la carretera.

—Te quería mucho —dijo Kaylee—. Eras como un hermano para él.

Colt sintió un nudo en la garganta, tal y como le pasaba siempre que recordaba la pérdida de su mejor amigo.

—Para mí, él también lo era.

Ninguno de los dos dijo nada durante varios kilómetros. Colt se preguntó si no sería peor el remedio que la enfermedad, pero tenía que aclarar lo que había pasado hacía tres años.

—Kaylee, sé que no quieres— hablar de ello, pero me parece que ha llegado el momento de hacerlo. Tenemos que hablar de lo que sucedió la mañana siguiente a hacer el amor. Si no lo hacemos, no podremos seguir adelante.

Kaylee tomó aire y no dijo nada.

—No sé si voy a poder hacerlo, Colt —confesó con voz trémula.

Colt se dio cuenta de que aquello no iba a ser fácil para ninguno de ellos.

—Debemos hacerlo, cariño —le dijo agarrándola de la mano—. Tenemos una hija que cuenta con nosotros para ser feliz y su felicidad depende de que entre nosotros no haya malos entendidos.

Kaylee se mantuvo en silencio durante tanto tiempo que Colt creyó que se iba a negar.

—Está bien —dijo por fin—. Di lo que creas que tienes que decir y acabemos con esto.

Colt se quedó mirando fijamente la carretera mientras intentaba ordenar sus palabras.

—Para empezar, quiero que sepas que no ha habido un solo día

desde entonces en el que no me haya arrepentido de cómo me comporté —comenzó tomando aire y decidiendo que lo mejor era ir directamente al grano—. Aquella mañana me fui sin despertarte porque estaba avergonzado de lo que había hecho. No me podía enfrentar a ti, Kaylee. Sé que soy un cobarde, pero no podía soportar la idea de tener que ver el arrepentimiento o el odio en tus ojos por lo que te había hecho.

—¿Qué demonios te hizo pensar que te iba a odiar? —contestó ella sorprendida.

—Acudiste a mí buscando consuelo y yo dejé que las cosas se me fueran de las manos —dijo Colt tragando saliva—. Debí parar la situación antes de perder el control.

—¿Cómo dices? ¿Qué te hace pensar que tú eras el único que tenía el poder para parar lo que sucedió? Por si no te acuerdas, no estabas solo en aquella cama, yo también podría haber...

—No, Kaylee —la interrumpió Colt porque no estaba dispuesto a compartir la culpa con ella—. Mitch era mi mejor amigo y cuando su cuerpo estaba todavía caliente le arrebaté la virginidad a su hermana. ¿Te crees que estoy orgulloso de ello?

—Colt... —dijo Kaylee tocándole el brazo.

—Te aseguro que, si pudiera, daría marcha atrás en el tiempo y cambiaría lo que sucedió.

—Hay una cosa que yo jamás cambiaría de lo que ocurrió hace tres años, incluso si pudiera —reflexionó Kaylee.

—¿De qué se trata, cariño?

—De Amber —contestó Kaylee sin dudarlo—. Ahora, es mi vida.

Colt se quedó pensando en lo que acababa de oír. Kaylee no se arrepentía de haber tenido una hija con él. ¿Querría decir eso que tampoco se arrepentía de haberse acostado con él?

—Te tengo que preguntar una cosa y quiero que seas completamente sincera conmigo —le dijo con el corazón latiéndole aceleradamente.

—Me parece que ya hemos hablado de todo...

—No te lo preguntaría si no fuera importante para mí, Kaylee —insistió Colt tomándole la mano.

—Muy bien, ¿qué quieres saber?

—Acabas de decir que no te arrepientes de haber tenido a Amber —dijo Colt tomando aliento—. ¿Te arrepientes de haberte acostado conmigo aquella noche?

Kaylee negó con la cabeza.

—No —contestó—. Nunca me he arrepentido de lo que pasó entre nosotros aquella noche.

Dos horas más tarde, al salir del restaurante, Colt seguía pensando en lo que le había confesado Kaylee. Lo cierto era que no había podido pensar en otra cosa en toda la noche.

¿Habría estado confundido durante todo aquel tiempo?

Durante los últimos tres años, se había convencido de que se había aprovechado de ella, de que la había seducido cuando estaba vulnerable, pero, ¿había sido realmente así? ¿No sería que le había pasado como a él y había buscado consuelo por la pérdida de su hermano haciendo el amor con una persona a la que quería de verdad?

—Colt, ¿estás bien? —le preguntó Kaylee haciéndolo volver al presente.

—Claro —contestó—. ¿Por qué lo preguntas?

—Llevas toda la noche distraído —dijo Kaylee preocupada—. Ni siquiera el filete te ha hecho reaccionar. Jamás hubiera imaginado que pudieras perder el apetito.

—Sí, la verdad es que ha sido un poco raro.

—Desde luego —sonrió Kaylee.

Su sonrisa y su voz aterciopelada hicieron que a Colt le comenzara a latir el corazón aceleradamente. Jamás la había visto tan guapa y tan deseable.

Pero no quería meter la pata. No quería estropear la buena disposición que se había instalado entre ellos en el transcurso de la noche.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó.

—Sí —contestó Kaylee—, pero te debo una disculpa.

—¿Por qué?

—Por cómo me he comportado antes —contestó Kaylee—. Ya sabes, con lo de la sorpresa.

Al hablar había movido la cabeza y sus rizos acariciaron los dedos de Colt, que había estirado el brazo por encima del respaldo del asiento.

—Me alegro de que te lo hayas pasado bien, cariño —le dijo acariciándole el pelo.

—No debería haber reaccionado de esa manera tan exagerada —insistió Kaylee—. Tú sólo querías ser amable y...

—Me parece que los dos hemos aprendido algo sobre el otro esta noche —la interrumpió Colt.

Kaylee se giró hacia él.

—¿Ah, sí?

—Yo no soy tan malo como tú creías —rió Colt tomando el camino que conducía a su casa— y a ti no te gustan las sorpresas.

—Eso no es del todo verdad. Depende de la sorpresa —sonrió Kaylee—. A veces, pueden ser muy agradables.

Colt aparcó la furgoneta, se bajó y le abrió la puerta a Kaylee.

—La próxima vez que decida darte una sorpresa, te recordaré estas últimas palabras.

A pesar de que estaba sonriendo, Kaylee lo miró con cierta aprensión.

—¿La próxima vez?

—Claro —contestó Colt ayudándola a bajar y pasándole un brazo sobre los hombros mientras caminaban hacia la casa—. ¿No sabías que la vida no es más que una serie de acontecimientos increíbles interrumpidos por momentos puntuales de aburrimiento?

—Vaya, vaya, qué profundo para un vaquero —rió Kaylee.

—Ten cuidado con lo que dices, sinvergüenza —bromeó Colt dándole un beso en la frente—. Para que lo sepas, en la carrera siempre sacaba sobresaliente en filosofía.

—Ah, pero, ¿ibais a clase y todo? Creía que Mitch y tú fuisteis a la universidad sólo para ligar.

—Bueno, para eso también —admitió Colt sonriendo mientras subía los escalones del porche—, pero lo cierto es que había algo muy gracioso en aquellas becas que nos dieron por pertenecer al equipo de rodeo de la universidad.

—¿Y qué era?

—Que realmente la dirección de la universidad pretendía que aprobáramos unas cuantas asignaturas —rió Colt.

—Qué fastidio, ¿eh? —rió Kaylee.

Cuando llegaron delante de la puerta principal, Colt se quedó mirándola. No quería que aquella noche terminara.

—Sé que no te gustan las sorpresas —dijo quitándose el sombrero—, así que te advierto, Kaylee, que te voy a besar.

Kaylee lo miró a los ojos y Colt creyó que se iba a negar, pero no fue así.

—Encantada —contestó sin embargo.

Colt se inclinó sobre ella y, en el momento en que sus labios se tocaron, la chispa del deseo se apoderó de todo su ser. Cuando Kaylee abrió la boca y suspiró, Colt sintió que se le aceleraba el corazón.

Sus lenguas se encontraron y ,Kaylee le pasó los brazos por el cuello. Al sentir sus uñas acariciándole la nuca y su intención de apretarse contra él, Colt sintió como si tuviera fuego en las venas.

Al sentir su cuerpo pegado al suyo, la erección fue inmediata e intensa. Colt le tomó el trasero con ambas manos y la empujó

contra sí. Quería que sintiera la necesidad que creaba en él, que entendiera lo equivocada que había estado al creer que no se sentía atraído por ella.

Subió una mano hasta atrapar uno de sus pechos y jugueteó con el pezón por encima de la camiseta. El pezón se endureció todavía más y Colt sintió que a todo su cuerpo le pasaba lo mismo.

Jamás había deseado tanto a una mujer.

Dejó de besarla y la abrazó con fuerza, intentando recuperar el ritmo respiratorio. ¿Cómo demonios había llegado a la conclusión de que Kaylee y él iban a poder retomar la amistad que tenían en el pasado?

Nada más lejos de la realidad. Colt se dio cuenta de que habían rebasado cierta línea hacía tres años y ya no podían volver atrás. Lo único que podían hacer era mirar hacia delante e intentar construir algo nuevo.

—Colt, yo... nosotros... —dijo Kaylee sacudiendo la cabeza—. Esto no puede ocurrir.

—No pasa nada, cariño.

Colt se echó hacia atrás y la miró a los ojos.

—No tengas miedo de lo que está pasando entre nosotros, Kaylee —le dijo acariciándole el pelo—. No nos vamos a precipitar, no vamos a hacer nada hasta que no estemos los dos preparados. Esta vez, vamos a ir poco a poco y ya veremos adónde llegamos —dijo besándole la punta de la nariz—. Ahora, entremos para que mis hermanos y sus mujeres nos puedan decir lo adorable que es nuestra hija y lo mucho que se han divertido mientras los primitos se conocían.

Kaylee se dio cuenta de que lo que sentía por Colt seguía siendo igual de fuerte o quizás más que siempre. Aquello hizo que el corazón le diera un vuelco.

Se había convencido durante los últimos años de que ya no estaba enamorada de él, pero no debía seguir engañándose a sí misma. Jamás había dejado de querer a Colt y jamás podría dejar de quererlo.

Se mordió el labio inferior al sentir una punzada de pánico, pero antes de que le diera tiempo a reaccionar Colt la tomó de la mano y abrió la puerta de casa.

Dejó que la condujera por el pasillo como en una nebulosa y, al llegar al salón, vio a su hija abrazada a un niño que debía de ser un año mayor que ella y besándolo en la mejilla.

—Bebé-dijo Amber sonriendo a Annie y a otra mujer que estaba sentada en el sofá.

Cuando aquella mujer, que Kaylee dio por hecho que era Samantha, la mujer de Morgan, se giró para sonreír a Amber se dio cuenta de que Kaylee y Colt había llegado.

—Mira quién ha venido, Amber.

—¡Mamá! —exclamó la niña corriendo hacia Kaylee para que la tomara en brazos.

—¿Te lo has pasado bien con tus primos? —dijo su madre tomándola en brazos.

—No —contestó Amber asintiendo con la cabeza—. Abajo —rió.

—Hola, Kaylee —la saludó Brant poniéndose en pie al igual que Morgan y yendo hacia ella para abrazarla con afecto—. Cuánto me alegro de volver a verte.

—Yo también —contestó Kaylee sinceramente.

Había echado mucho de menos a los hermanos de Colt ya que todos ellos habían tratado siempre a Mitch y a ella como si fueran miembros de su familia.

—Hacía mucho tiempo que no teníamos noticias tuyas —dijo Morgan abrazándola también—. Te hemos echado mucho de menos.

—Supongo que me habéis echado de menos porque no teníais a nadie a quien tomar el pelo —bromeó Kaylee abrazando al mayor de los hermanos Wakefield.

—Te quiero presentar a mi mujer, Samantha —dijo Morgan abrazando a la desconocida.

—Hola, Kaylee, encantada de conocerte —sonrió Samantha—. He oído hablar tanto de ti que es como si te conociera desde hace años. Annie y yo estábamos precisamente hablando de que podríamos ir las tres la semana que viene a comer y de compras a Laramie.

—Habíamos pensado que una tarde de chicas sería divertido —sonrió Annie.

—Perfecto. Me parece un plan genial —contestó Kaylee dándose cuenta de que Morgan y Brant se miraban orgullosos de sus mujeres como si los cuatro compartieran un secreto.

No le dio tiempo de especular de qué se trataría pues un niño pequeño se acercó a ellos y se puso a hablar con Colt.

—Tío Colt —le dijo alargando los brazos para que lo agarrara—, tengo un muñeco nuevo como el de la tele.

—¿Ah, sí, Timmy? —contestó Colt tomando al niño en brazos.

—No —dijo Amber negando con la cabeza.

Sorprendida ante la poco usual vehemencia con que había hablado su hija y el correcto uso del gesto negativo, Kaylee observó cómo Amber cruzaba corriendo la estancia hacia los adultos.

Se paró ante Colt y le tendió los bracitos.

—Arriba, papá —le dijo—. Arriba.

Capítulo Siete

Ante la insistencia de Amber para que la tomara en brazos, Colt sintió que el corazón se le paraba para a continuación pasar a latir aceleradamente. Era la primera vez que su hija quería que la agarrara y no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad.

El problema era que no podía utilizar el brazo izquierdo y tenía a Timmy sujeto con el derecho. Tendría que dejar a su sobrino de tres años en el suelo para poder agarrar a su hija y temía que eso hiriera los sentimientos del pequeño, algo que no quería hacer bajo ningún concepto.

Como si le hubiera leído el pensamiento, su hermano Morgan lo ayudó.

—Ya me hago cargo yo de Timmy —anunció.

—Gracias —contestó Colt pasándole el niño a su padre.

Colt se agachó y tomó a su hija en brazos, la niña le pasó los bracitos por el cuello y miró a su primo.

—Mío papá —declaró.

Colt sintió que se henchía de orgullo y que se le hacía un nudo en la garganta. El sentimiento de tener por fin a su hija en brazos, de saber que por fin la niña lo había aceptado, era increíble.

Sintió a Kaylee cerca y con cuidado de no forzar el hombro le pasó el brazo izquierdo por la cintura. La miró y de repente sintió que tenía todo lo que había deseado en la vida. Aquello debería haberle dado pánico, pero lo cierto fue que se sintió el hombre más realizado del mundo.

Sin ser consciente de que le acababa de proporcionar a su padre un momento que jamás olvidaría, Amber comenzó a señalar su sombrero.

Yo, yo.

Colt se quitó el Resistol y se lo puso en la cabeza con cuidado para que no le cubriera los ojos.

—Ya está, ratoncito.

—Me parece que Amber va a tener debilidad por su padre —comentó Annie secándose una lágrima.

—A mí también me lo parece —contestó Samantha.

Entonces, Jared levantó los brazos hacia su madre.

—Perdón por ser una aguafiestas, pero me parece que los niños se quieren ir a casa —dijo Samantha.

Annie asintió.

—Sí, Brant y yo también nos vamos a ir. Hay que acostar a Zach.

—Vamos, socio —dijo Brant poniéndose a su hijo en los hombros—. Mamá dice que nos vamos a casa.

Colt, con Amber en brazos y Kaylee a su lado, acompañó a sus hermanos y a sus familias hasta la puerta.

—Gracias por haber cuidado a Amber.

—De nada, ha sido un placer —contestó Samantha dándole un beso a Amber en la mejilla—. Adiós, Amber.

Amber le dijo adiós con la mano y, a continuación, apoyó la cabeza en el hombro de Colt. Aquel gesto denotaba confianza y Colt sintió que el corazón le estallaba de amor.

Tienes una hija que es una delicia, Colt —se despidió Morgan—. Si este chico te da algún problema, no dudes en llamarme. Lo enderezaré en un momento —añadió mirando a Kaylee.

—Y si no puedes contactar con Morgan, me llamas a mí —sonrió Brant.

—Gracias a los dos por nuestro voto de confianza —gruñó Colt mientras Kaylee abrazaba a sus dos hermanos.

—Te llamaré mañana por la tarde para ir al centro comercial, Kaylee —dijo Annie y mirando a Colt sonriente.

¿Qué estaba ocurriendo allí?

Colt se había dado cuenta de que sus dos hermanos y sus mujeres se miraban divertidos cada vez que se mencionaba ir al centro comercial, pero no le dio tiempo a preguntar nada pues Annie se despidió de ellos y salió corriendo.

Cuando cerró la puerta, se giró hacia Kaylee, que lo estaba mirando. Parecía un poco indecisa y Colt sabía que estaba reflexionando sobre lo que él había dicho de ir despacio.

—Kaylee, yo...

—Es hora de que esta señorita se vaya a la cama —lo interrumpió ella—. Ha sido una noche especial.

Colt se dio cuenta de que Kaylee hablaba refiriéndose también a ella.

—Sueña con los angelitos, ratoncito —se despidió de Amber entregándosela a su madre—. ¿Quieres que te ayude?

Kaylee negó con la cabeza.

—Normalmente, se va a dormir sin problema —contestó girándose hacia él desde la escalera—. Yo, eh, estoy muy cansada. Me parece que también me voy a ir a dormir. Muchas gracias por haberme invitado a salir. Nos vemos mañana en el desayuno. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Colt mientras Kaylee subía las escaleras a toda velocidad con Amber en brazos.

Colt sacudió la cabeza. Kaylee necesitaba tiempo para llegar a la misma conclusión que él había llegado aquella noche: nunca serían sólo amigos.

Quizás, nunca lo habían sido.

Kaylee le pasó a Colt una pequeña mancuerna.

—Te advierto antes de empezar la siguiente fase de la terapia que no voy a consentir que intentes levantar nada que pese más que esto. ¿Lo has entendido?

—Podría levantar algo más pesado que esto tan sólo con el meñique —contestó él probando el peso de un kilo y medio que tenía en la mano izquierda.

—Será mejor que no lo hagas —insistió Kaylee sabiendo que debía ser dura con Colt porque, de lo contrario, se excedería y acabaría volviéndose a lesionar.

—Venga, cariño. Sé que puedo levantar por lo menos el doble —sonrió encantador haciendo que a Kaylee se le acelerara el pulso—. Por lo menos, déjame intentarlo.

—No hasta que veamos si hacer bíceps te molesta.

—Claro que no me va a molestar.

—Haz tres series de diez con este peso y luego ya hablaremos —insistió Kaylee.

Colt se quedó mirándola fijamente como intentando intimidarla. Menos mal que Kaylee no era tan fácil de amilanar.

—Está bien —dijo Colt por fin sentándose en el banco.

Mientras lo veía hacer los ejercicios, Kaylee intentó recordarse que Colt era como cualquier otro paciente, pero lo cierto era que se estaba engañando.

Colt no era como ninguna otra persona del mundo.

Ya lo sabía antes, pero la noche anterior le había quedado claro. Nunca la había besado como lo había hecho al volver de Laramie. Mientras lo hacía, Kaylee había sentido como si un millón de fuegos artificiales estallaran en su interior.

Y si aquello no había sido suficiente, Colt le había dicho que no tuviera miedo de lo que estaba ocurriendo entre ellos, que no se iban apresurar, que aquella vez iban a hacer las cosas despacio.

Aquella vez.

Dos palabras que le daban pánico. Kaylee se estremeció al pensar lo que implicaban.

Colt había dejado ver que quería explorar una relación que iba más allá de la amistad. ¿Podía Kaylee seguirlo? ¿Sobreviviría si las cosas no salieran bien?

Tres años atrás, tras haber perdido a su hermano y a Colt, lo

único que le había hecho seguir adelante había sido Amber. Se había concentrado en el embarazo y, tras el parto, había puesto todas sus energías en ser una buena madre.

Y le había salido bien. Había recogido los pedazos de su vida y había seguido adelante porque Colt no estaba cerca para recordarle que se la había jugado y había perdido.

Pero aquella vez, todo era diferente. Ahora que Colt sabía de la existencia de su hija, lo iba a tener que ver de forma regular cuando fuera a visitar a Amber.

¿Y qué pasaría si las cosas salieran bien entre ellos? ¿Sería capaz Kaylee de aceptar qué Colt se ganara la vida en el rodeo?

Cuando había perdido a Mitch, perdió al único familiar vivo que tenía y aquello había estado a punto de terminar con ella. ¿Cómo sobrevivir si algo le ocurría a Colt?

La posibilidad le daba tanto miedo que inconscientemente se frotó los brazos para intentar hacer frente al escalofrío que había recorrido su cuerpo.

—Kaylee, ¿estás bien?

Kaylee levantó la mirada y se encontró con que Colt se había levantado y estaba a su lado.

—Sí, estoy bien —mintió—. Sólo estaba pensando en la siguiente fase de tu terapia.

Colt se quedó mirándola fijamente y negó con la cabeza.

—No, eso no es cierto —le dijo acariciándole la mejilla y sonriendo con ternura—. Ambos tenemos que dejar de mentir sobre lo que pensamos. Ser honrados el uno con el otro es la única oportunidad que tenemos de que esto salga bien esta vez —añadió rozándole los labios—. Y te aseguro que estoy dispuesto a que salga bien.

Aquellas palabras hicieron que Kaylee se volviera a estremecer.

—Te verdad, sólo estaba...

Kaylee se interrumpió y se quedó mirándolo a los ojos. Colt tenía razón. Si querían intentar construir una relación entre ellos, debían basarla en la sinceridad total.

Ya se había admitido a sí misma que lo seguía queriendo, que jamás había dejado de hacerlo, pero, ¿tendría el valor necesario como para decírselo a él? ¿Quería correr el riesgo de volver a sufrir?

—¿Qué quieres, Kaylee? —preguntó Colt con suavidad—. Cuéntame en qué estás pensando.

—Tengo miedo —admitió Kaylee perdiéndose en sus ojos.

Colt se apresuró a abrazarla y a apretarla contra sí.

—Cariño, yo también tengo miedo, pero hay que arriesgarse —le dijo acariciándole la espalda—. Debemos intentarlo.

Sintiéndose segura entre sus brazos, Kaylee se decidió a abrirle su corazón.

—La idea de fracasar me da pánico, pero más miedo me da no saber nunca si lo nuestro hubiera funcionado —dijo con seguridad —. Sí, Colt, quiero intentarlo.

Mientras Colt cambiaba de canal, Amber se sentó en su regazo y señaló el televisor.

—¡Mate!

—¿Quieres ver esto? —le preguntó su padre señalando un tomate y un pepino que bailaban en la pantalla.

—Sí, sí, sí —contestó Amber negando con la cabeza.

—Está bien, ratoncito —dijo Colt besándola en la frente—. Vamos a ver esto hasta que mamá venga para llevarte a la cama.

Colt frunció el ceño y se preguntó qué habría sido de los dibujos animados de su época. ¿Qué había pasado con los coches, los camiones y los aviones que se transformaban en robots, en leones y en tigres?

Sin embargo, transcurridos unos minutos, se estaba riendo a carcajadas ante las ocurrencias de un tronco de brécol.

—Esto es buenísimo, ratoncito.

Amber se giró hacia su padre y se rió. A continuación, escaló por su pecho y le dio un beso baboso en la mejilla.

—¿Qué tal estáis los dos? —preguntó ,Kaylee entrando en el salón.

—Ahora entiendo por qué has decorado la habitación de la niña con estos personajes —sonrió Colt—. Le encantan.

—Por cómo te estabas riendo hace un momento, me parece que también a ti te gustan —sonrió Kaylee.

Colt tragó saliva. ¿Cómo demonios iba a conseguir no tocarla si seguía sonriéndole así?

Después de la conversación que habían mantenido aquella tarde, Colt había decidido que era más importante que nunca no precipitarse. Debían dejar que los sentimientos fueran aflorando poco a poco para que cuando llegara el momento de hacer el amor ambos estuvieran seguros de lo que hacían.

Sin embargo, ahora no le parecía tan fácil.

Todo lo que Kaylee hacía o decía le parecía sensual. Para colmo, la certeza de que en algún momento explorarían de nuevo la química que siempre había habido entre ellos lo mantenía en una erección constante.

—Colt, ¿me has oído? —dijo Kaylee tomando a Amber en brazos.

Colt negó con la cabeza.

—Perdón, estaba pensando en una cosa que… tengo que hacer.

—Te he preguntado si te importaría quedarte con Amber el lunes por la mañana mientras yo voy al centro comercial con Annie y con Samantha —repitió Kaylee.

—Vete tranquila, yo me quedo con la niña —contestó Colt apagando el televisor y poniéndose en pie—, pero creía que ibais a ir esta tarde.

Kaylee asintió.

—Sí, pero Annie tiene cita con el médico el lunes y nos ha llamado a Samantha y a mí para ver si queremos acompañarla y, de paso, aprovechamos y comemos por allí para luego hacer unas compras.

—¿Te quieres llevar mi tarjeta de crédito? —preguntó Colt mientras Kaylee iba hacia las escaleras.

—No.

—Espera un momento —dijo Colt tomándola del brazo—. Quiero que compres más cosas para la habitación de Amber —añadió dándole la tarjeta.

—¿Qué cosas? —dijo Kaylee aceptando la tarjeta y mirándolo con el ceño fruncido.

Colt se encogió de hombros.

—Juguetes, peluches, ropa, lo que a ti te parezca que le puede gustar —contestó besando a su hija—. Que duermas bien, ratoncito —añadió besando también Kaylee—. Cuando la hayas acostado, baja.

En ese momento, antes de que a Kaylee le diera tiempo de contestar, sonó el teléfono.

—Contesta tú mientras yo voy a acostar a la niña —dijo subiendo las escaleras.

Colt maldijo la inoportunidad de la persona que llamara mientras observaba cómo el delicioso trasero de Kaylee se zarandeaba al subir las escaleras.

—¿Sí? —ladró al descolgar el teléfono.

—¿He interrumpido algo importante? —preguntó Morgan al otro lado de la línea.

—¿No te han dicho nunca que eres un inoportuno? —dijo Colt frustrado.

Aquello hizo reír a Morgan.

—Sí, creo que Brant me dijo algo parecido la primera vez que

trajo a Annie al Lonetree.

—Pues tenía razón —sonrió Colt—. ¿Qué pasa, hermano?

—Hemos localizado la yegua que querías. —¿Está en venta?

—Ya no —contestó su hermano—, a menos que tú la quieras vender.

—No —contestó Colt encantado ante la noticia—. ¿Dónde la has encontrado?

—En Texas —contestó Morgan—. Tras ponernos en contacto con la agencia inmobiliaria que vendió el rancho de Kaylee, nos informaron de que el comprador era de Texas y entonces Brant llamó a Cooper Adams, ese compañero suyo de los rodeos. En dos horas, nos dijo quién era el propietario actual de la yegua y cuánto pedía por ella.

—Siempre me cayó bien Cooper —sonrió Colt—. ¿Cuándo puedo ir a buscarla?

—No vas a tener que hacerlo —dijo Morgan—. La hermana de Cooper, Jenna, y su marido, Flint, vienen a Denver a una feria de caballos, así que se han ofrecido a llevarla hasta allí. Brant y yo vamos a ir el lunes por la mañana a buscarla.

—Os debo una —dijo Colt sinceramente.

—No te preocupes, estamos encantados de haberla podido encontrar. Sabemos que Mitch se la regaló a Kaylee y que para ella esa yegua significa mucho.

—Gracias, Morgan.

Tras despedirse de su hermano, Colt subió las escaleras de dos en dos en dirección a la habitación de Amber. No podía esperar para contarle la buena nueva a Kaylee.

—Kaylee, te tengo que decir una cosa —anunció entrando en el dormitorio.

Kaylee estaba sentada en la mecedora con Amber en brazos y se llevó un dedo a los labios.

—Se acaba de quedar dormida —murmuró.

—Perdón —se disculpó Colt en voz baja yendo hacia ellas.

Mientras observaba a Kaylee acunando a su hija, sintió un profundo amor que le brotaba desde lo más profundo de su corazón y se dijo que aunque viviera tantos años como Matusalén jamás volvería a ver una escena tan bonita.

Cuando Kaylee se levantó de la mecedora, Colt tomó a Amber en brazos. Al hacerlo, rozó el pecho de Kaylee y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no gemir de placer.

—Te he dicho esta tarde que no levantaras nada que pesara más de kilo y medio —murmuró Kaylee excitada.

—Y yo te he dicho que ese peso lo levanto con el meñique —contestó Colt chasqueando la lengua.

No le iba decir, por supuesto, que le había dolido un poco el hombro. No era importante y prefería saborear el momento de ayudar a

Kaylee a acostar a la niña.

Mientras Kaylee arropaba a Amber, Colt sonrió encantado.

—Gracias, cariño.

—¿Por qué? —dijo ella enderezándose. Colt la abrazó.

—Por darme el tesoro más preciado que una mujer le puede dar a un hombre: su hijo. Kaylee apoyó la cabeza en su pecho y lo abrazó de la cintura mientras ambos miraban a su hija dormida.

—Debería de ser yo la que te diera las gracias

—dijo en voz baja—. Amber es lo mejor de mi vida. Desde el primer momento el que sospeché que estaba embarazada, me sentí feliz.

Aquellas palabras dejaron a Colt sin aliento. Teniendo en cuenta las circunstancias de Kaylee en aquellos momentos, no le hubiera extrañado que un embarazo no deseado no hubiera sido bien recibido, pero ella no había sentido sino felicidad.

—¿Por qué te sentiste feliz ante la idea de tener un hijo mío?

Kaylee lo miró a los ojos y tomó aire.

—Porque ese hijo era parte de ti.

Colt sintió que el corazón comenzaba a latirle aceleradamente. Kaylee había amado y deseado aquel niño incluso antes de tener la certeza de estar embarazada.

Sintió que las piernas le flojeaban y se dio cuenta de que no sabía poner en palabras lo mucho que aquello significaba para él, así que besó a la madre de su hija con todo el agradecimiento del mundo.

Nada más rozar sus labios, su temperatura corporal se puso por las nubes, pero cuando el beso se hizo más profundo todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo estallaron y sintió que el fuego le corría por las venas.

Subió una mano hasta acariciarle un pecho y fue recompensado con un dulce gemido. Aquel sonido hizo que su decisión de ir despacio saltara por los aires.

Habían transcurrido tres largos años desde la última vez que habían hecho el amor y la necesidad de volver a sentir el cuerpo de Kaylee le nublaba la mente.

No había manera de ir despacio. Se deseaban de manera feroz y aquello no había quién lo parara.

—Quiero hacerte el amor, Kaylee —le dijo mirándola a los ojos —. Quiero encontrarme dentro de tu cuerpo y no saber dónde empiezo yo y dónde terminas tú —añadió apartándole un mechón de la cara—. ¿Tú quieres lo mismo?

Kaylee lo miró indecisa y cuando. Colt creía que le iba decir que no estaba preparada para dar ese paso, cerró los ojos y asintió.

—Lo que más quiero en el mundo es que me ames, Colt.

Capítulo Ocho

Kaylee observó cómo el azul de los ojos de Colt se tornaba oscuro.

—Vamos a mi dormitorio, cariño —dijo él agarrándola de la mano.

Mientras Colt la guiaba por el pasillo, Kaylee sintió un millón de mariposas revoloteándole en el estómago. Una minúscula parte de ella tenía miedo de estar cometiendo el error más grande de su vida, de estarse exponiendo al mismo terrible sufrimiento por el que había pasado tres años antes.

Sin embargo; su corazón le dijo que no tenía opción. Desde la primera vez que había visto a Colt Wakefield hacía catorce años, lo había amado.

Al entrar en su dormitorio, Colt fue hacia la mesilla y encendió la lámpara.

—Kaylee, no quiero que te sientas presionad.. —le dijo tomándole la cara entre las manos—. Si no estás preparada, quiero que me lo digas. No quiero que te arrepientas de hacer el amor conmigo.

Kaylee tomó aire y le habló con sinceridad.

—Sé que no me voy a arrepentir de hacer el amor contigo, Colt.

Colt la abrazó con fuerza.

—No te puedes ni imaginar lo que esas palabras significan para mí, cariño.

Antes de que a Kaylee le diera tiempo de responder, sintió su boca sobre sus labios y las mariposas que habían estado revoloteando por su estómago iniciaron una danza frenética.

Al sentir la pasión de los labios de Colt y su potente erección, tuvo que agarrarse a su camisa para no caer al suelo. Aquel hombre siempre había besado de maravilla, pero aquella vez estaba siendo todavía más especial.

—Voy a intentar ir despacio, pero te advierto que jamás he deseado a una mujer como te deseo ahora mismo a ti —dijo Colt con la respiración entrecortada.

—Yo también te deseo —contestó Kaylee igual de excitada.

—¿Tomás la píldora o algo? —preguntó Colt.

Kaylee se sonrojó. Hablar de algo tan íntimo resultaba embarazoso, pero precisamente no haberlo hecho tres años atrás la había conducido a encontrarse en estos momentos en el Lonetree.

—Yo, eh, no he tenido que preocuparme demasiado por los

métodos anticonceptivos —confesó.

—Kaylee, sé que no tengo ningún derecho a preguntar, pero…

—No ha vuelto a haber un hombre en mi vida desde aquella noche que pasé contigo —dijo ella.

Colt sintió que el corazón se le desbocaba y se quedaba sin aliento. Cuando se había acostado con ella, Kaylee era virgen y saber que él era el único hombre con el que se había acostado en su vida lo hacía sentir muy especial.

Colt cerró los ojos, tomó aire y los volvió a abrir para mirarla.

—Te prometo que esta vez no vas a tener que preocuparte, cariño —dijo besándola antes de quitarle las zapatillas de deporte y descalzarse él también.

A continuación, deslizó la mano dentro de sus vaqueros para sacarle la camiseta.

—Ya me encargo yo de protegerte.

Kaylee sonrió y comenzó a desabrocharle la camisa. Cuando terminó de hacerlo y le puso las palmas de las manos sobre el torso, Colt sintió como si tuviera un fuego crepitando en su interior.

—¿Te han dicho alguna vez, vaquero, que tienes un cuerpo impresionante? —dijo Kaylee acariciándole los músculos del pecho y del abdomen.

—Cariño, me han llamado muchas cosas en esta vida, pero nunca han empleado la palabra «impresionante» para describirme —sonrió.

Colt estaba diciéndole que allí la única impresionante era ella cuando tuvo que dejar de hablar porque Kaylee se había puesto a juguetear con sus pezones.

—¿Quieres que pare?

Colt no podía hablar, así que negó con la cabeza para que continuara.

La primera vez que habían hecho el amor, había sido un encuentro muy rápido, desesperado, pero aquella vez iba a ser diferente. Aquella vez iban a explorarse, iban a aprender qué le gustaba al otro y se iban a esforzar por darse placer mutuamente.

Colt le soltó el sujetador y deslizó los tirantes por sus hombros. Le temblaban las manos mientras acariciaba sus pechos y jugueteaba con sus pezones.

—Mmm —dijo Kaylee.

—¿Te gusta? —preguntó Colt sin dejar de acariciarla.

—Sí.

Colt se inclinó sobre ella y le besó la perfecta punta de coral. Kaylee arqueó la espalda hacia atrás y Colt se dirigió al otro pezón.

—Me parece que tienes demasiada ropa encima —bromeó Kaylee quitándole la camisa.

—Eso tiene fácil remedio —sonrió Colt desabrochándose el cinturón.

Para su deleite, Kaylee negó con la cabeza y se apresuró a quitarle las manos.

—Déjame a mí.

—La última vez que me desabrochaste el cinturón, estabas enfadada conmigo —dijo Colt recordando la noche que habían pasado en el motel de camino al Lonetree.

—Te lo merecías. Te estabas arriesgando a volverte a lesionar la clavícula por hacer el bestia —contestó Kaylee.

—Pero ahora no estás enfadada conmigo, ¿verdad? —sonrió Colt.

Kaylee negó con la cabeza mientras comenzaba a desabrocharle los vaqueros.

—En estos momentos, lo último que siento es enfado.

Al sentir los dedos de Kaylee en el bajo vientre, Colt sintió una punzada de deseo en la entrepierna. Tomó aire y se dispuso a desabrochar el cinturón de Kaylee. Así lo hizo y detrás del cinturón no tardaron en desfilar los vaqueros y las braguitas.

Kaylee lo miró a los ojos mientras le bajaba la cremallera de los vaqueros con cuidado para no hacerle daño al rozar su potente erección. Colt pensó que se iba derretir.

Tuvo que tomar aire varias veces para intentar no perder el control.

—Cómo me gusta sentirte entre mis brazos —le dijo abrazándola.

—Colt...

—¿Confías en mí, Kaylee?

—Sí.

—Todo va a salir bien —sonrió Colt.

—Hace mucho tiempo, Colt.

—Lo sé, cariño, pero te prometo que no te va a doler —le aseguró besándola en la frente—. Te prometo que sólo vas a sentir placer.

Dicho aquello, deslizó ambas manos hasta su precioso trasero y se apretó contra ella. Al sentir su erección contra la piel de Kaylee, Colt tuvo que apretar los dientes.

—No dudes jamás que me siento atraído por ti, Kaylee. Siempre te he deseado —consiguió decir.

Kaylee se estremeció, lo agarró de la mano y lo condujo hasta la

cama. Apartó las sábanas, se tumbó y le sonrió.

—Ahora vuelvo, cariño —dijo Colt yendo al baño.

Al volver, metió un paquete de preservativos debajo de la almohada y se tumbó a su lado. La abrazó y la besó hasta que ambos se quedaron sin aliento.

—Quiero que me digas lo que te gusta —le dijo acariciándole la cadera.

Kaylee sintió que se le ponía la piel de gallina allí donde Colt la iba acariciando. Comenzó a sentir un deseo increíble en la entrepierna mientras él deslizaba su boca por su cuello y llegaba hasta su escote.

A sentir sus labios sobre el pezón y su lengua jugueteando con él, tomó aire pues no le llegaba el aliento a los pulmones.

Le pasó los dedos entre el pelo mientras las oleadas de placer sacudían su cuerpo. La primera vez que habían hecho el amor habían ido demasiado deprisa, pero en esta ocasión estaban yendo despacio para explorarse mutuamente.

—Cariño, te deseo tanto que me duele —confesó Colt mirándola a los ojos y deslizando la mano hasta su entrepierna.

Kaylee se estremeció. Jamás había sentido un deseo así de fuerte. Los dedos de Colt buscaron y encontraron su clítoris y Kaylee gritó de placer.

—¿Qué quieres, Kaylee?

—Te quiero a ti, Colt —contestó Kaylee con voz ronca—. Sólo a ti.

Quería acariciarlo para darle el mismo placer que él le estaba dando a ella, así que deslizó la mano hasta tocar su erección y comenzó a acariciarla con cuidado.

Sintió que Colt se estremecía y lo oyó gemir antes de apoyar la cabeza en su hombro.

—Cariño, si sigues por ese camino, no voy a aguantar ni los ocho segundos de rigor —le dijo apartándole la mano con cariño.

—Entonces, hazme el amor, Colt —le dijo Kaylee deseándolo como jamás había soñado que se podía desear.

Colt la besó y metió la mano debajo de la almohada. En cuanto tuvo puesto. el preservativo, la abrazó y le separó las piernas.

Kaylee lo miró a los ojos y se supo perdida. Entonces, Colt se introdujo en su cuerpo y Kaylee se tensó ante la exquisita intromisión.

—Relájate, cariño —le dijo él cuando estuvo completamente dentro de ella.

Kaylee le acarició las mejillas con manos temblorosas y lo besó.

—Colt, necesito…

Colt abrió los ojos y la miró de una forma que hizo que a Kaylee se le acelerara el pulso.

—Kaylee, quiero aguantar, pero hace tanto tiempo y te deseo tanto…

A ella le pasaba lo mismo. Incapaz de expresar lo que estaba ocurriendo con palabras, lo abrazó de la cintura con las piernas y se apretó contra él.

—Cariño, me vas a matar —gimió Colt acariciándole el pelo y besándola con pasión hasta que sus cuerpos respondieron instintivamente y fueron marcando el paso de un ritmo que lleva a los amantes hasta un lugar que sólo ellos conocen.

Mientras Colt la abrazaba, Kaylee sintió que le estallaba el corazón y que el mundo era sólo ellos dos. Un hombre y una mujer bailando la vieja danza del amor. Pronto se encontró escalando hacia el orgasmo, alcanzando lo desconocido. Su cuerpo se acaloró y se encontró gritando de placer.

—Deja que suceda, Kaylee —dijo Colt acelerando el ritmo—. Estoy aquí contigo, cariño.

Kaylee sintió como si mil estrellas estallaran en su alma y se dejó llevar dándose cuenta de que su universo se reducía al hombre que la abrazaba en aquellos momentos.

Veía la luz aunque tenía los ojos cerrados y el placer se apoderó de todas y cada una de las células de su cuerpo mientras Colt realizaba una última embestida que los llevó a los dos a alcanzar el clímax a la vez.

Al volver a la realidad, sintió un amor tan puro que se le saltaron las lágrimas y se aferró

a Colt no queriendo que aquel momento terminara. No sabía dónde les llevaría aquella relación ni se había un futuro para ellos, pero sabía que jamás dejaría de quererlo.

A los diez años, lo quería con la adoración inocente propia de una niña, pero a los veinticuatro lo amaba con un apasionado corazón de mujer.

—Tenemos que hacer un último recado antes de volver a casa —dijo Annie.

Samantha asintió sonriente.

—Siempre dejamos lo mejor para el final.

Mientras salían del restaurante en el que habían comido, Kaylee advirtió que las otras dos mujeres intercambiaban una sonrisa misteriosa. No era la primera vez que aquello ocurría. Habían hecho lo mismo la noche en la que habían ido a cuidar de Amber.

—¿Qué os traéis entre manos? —les preguntó—. ¿Tenéis algo que decirme?

—No es nada —contestó Samantha—. Simplemente, que Annie y yo tenemos que comprarnos ropa interior.

—¿Y qué hay de especial en eso? —rió Kaylee.

—Lo que es especial es la tienda en la que la compramos —contestaron las dos al unísono.

Kaylee frunció el ceño.

—¿De qué tienda se trata? ¡No será...! ¿Vais a....

—A la Boutique de Lencería Fresca y Descarada —rió Annie.

De repente, Samantha la miró dubitativa.

—Kaylee, eh, no sabemos la relación que tienes con Colt y no es asunto nuestro. Si no quieres que vayamos a comprar lencería, lo entenderemos.

—Por supuesto —añadió Annie.

Kaylee se mordió el labio inferior. Recordó las expresiones de Brant y de Morgan cuando sus mujeres habían comentado que iban a ir de compras. Ninguno de ellos había sido capaz de esconder su nerviosismo ante lo que sus esposas pudieran comprar.

—Yo siempre llevo lencería de algodón blanco —reflexionó—. No es por ser cotilla, pero, ¿a vuestros maridos les gusta lo que os compráis en esa tienda?

—Hay cuatro cosas que todos los hombres de la familia Wakefield tienen en común: pelo oscuro, ojos azules, pasión por su rancho y... un profundo afecto por los artículos de la Boutique de Lencería Fresca y Descarada —rió Annie.

—Estamos seguras de que Colt no es diferente —sonrió Samantha.

—Yo... oh, cielos —dijo Kaylee sonrojándose.

¿Iba a tener valor para comprarse lencería sexy? ¿Le gustaría a Colt verla así? Algo le dijo que se mostraría tan entusiasta como sus hermanos mayores.

—No sé si ha sido buena idea —dijo Samantha frunciendo el ceño.

—Olvídalo —dijo Annie negando con la cabeza.

Kaylee tomó aire y sonrió a sus dos nuevas amigas.

—La verdad es que me gustaría ver si a Colt le gusta tanto la lencería como a sus hermanos —admitió riendo nerviosa.

—Entonces, vamos a ver qué encontramos —rió Samantha.

Una hora después, Kaylee salió del centro comercial con varias bolsas de la Boutique de Lencería Fresca y Descarada. A pesar de que Colt le había dado su tarjeta de crédito, había comprado la

lencería con su dinero. Había cosas que una debía pagar.

—Me encanta el body de encaje blanco que te has comprado —comentó Annie mientras abría el coche—. En cuanto nazca el niño, me parece que me voy a comprar uno igual en azul.

—A mí me encanta la camisola verde esmeralda —añadió Samantha—. Con tu color de piel y tu pelo castaño, te va a quedar fenomenal.

—Espero tener valor para ponérmelo —rió Kaylee—. Es tan diferente a mis braguitas...

—De abuela —dijeron Samantha y Annie a la vez.

—Bueno, yo no iba a decir eso —rió Kaylee—, pero admito que es una descripción bastante acertada.

—¿Cuándo vas a sorprender a Colt? —quiso saber Samantha mientras metían las bolsas en el coche de Annie.

—No lo sé, pero pronto —contestó Kaylee con tristeza—. Voy a tener que volver al trabajo pronto.

—¿No te vas a quedar? —preguntó Samantha sorprendida—. Yo creía que...

Kaylee se encogió de hombros. Colt y ella no habían hablado de lo que pasaría cuando llegara el momento de que ella volviera a Oklahoma.

—Es complicado.

—¿Vas a ir a la final del rodeo con Colt? —preguntó Annie.

—Yo... no puedo —contestó Kaylee—. Después de lo que le ocurrió a mi hermano, no puedo. Annie la abrazó.

—Espero que todo salga bien entre vosotros. —Yo también —dijo Samantha abrazándola también—. Queremos que te quedes en el Lonetree.

Mientras se subía el coche, Kaylee luchó para no llorar. Ella también quería quedarse a vivir en el Lonetree con su familia, pero Colt se ganaba la vida participando en rodeos y, aunque no podía soportar la idea de que le pudiera ocurrir algo, no podía pedirle que lo dejara.

Sería como pedirle que dejara de ser quien era y Kaylee jamás haría eso.

Capítulo Nueve

Colt esperaba impaciente a que Kaylee bajara. Había subido a recoger una ropa que había lavado nada más volver del centro comercial.

—Ya verás cómo le va a gustar la sorpresa a tu mamá —le dijo a Amber poniéndole la cazadora vaquera.

Frunció el ceño y miró en dirección a las escaleras. ¿Por qué tardaría tanto? Ya llevaba arriba más de un cuarto de hora.

Cuando por fin apareció, sonreía.

—Estáis los dos muy calladitos. ¿Estabais esperándome por algo en particular?

Colt asintió y la tomó por la cintura.

—Te hemos echado mucho de menos —contestó besándola.

—Yo también te he echado de menos —sonrió Kaylee—. ¿Qué habéis hecho? ¿Habéis estado todo el día viendo la tele?

Colt negó con la cabeza.

—No, han venido a vernos Morgan y Brant esta mañana...

—¿Pero no se iban a quedar con los niños? —lo interrumpió Kaylee frunciendo el ceño.

—Llamaron a Bettylou Milford para que se hiciera cargo de ellos mientras iban a buscar... eh, una cosa que les había pedido —contestó Colt intentando disimular la importancia de la visita.

—Perrito —sonrió Amber.

—¿Has visto un perrito? —le preguntó su madre.

—Sí —contestó Amber negando con la cabeza.

Menos mal que Kaylee no tenía ni idea de que Amber llamaba perrito a la yegua.

—Y, luego, cuando Brant y Morgan se han ido, nos hemos hecho unos sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada y hemos visto el programa de las verduras.

—Mate —dijo Amber alargando los brazos para que su padre la levantara.

Colt se inclinó y la tomó con el brazo derecho. De nuevo, con Kaylee a un lado y Amber al otro, se volvió a sentir el hombre más completo del mundo.

—¿Por qué le has puesto la cazadora a la niña? —preguntó Kaylee—. ¿Ibais a algún sitio?

—Sí —sonrió Colt de oreja a oreja—. Y tú te vienes con nosotros.

—¿Dónde vamos? —rió Kaylee.

Colt le guiñó un ojo a Amber mientras se ponía la cazadora.
—A dar una vuelta por las cuadras.
—Perrito —rió Amber.
Colt tomó a Kaylee de la mano y le pidió que cerrara los ojos.
—¿Otra sorpresa? —dijo ella enarcando una ceja.
—Sí, pero te prometo que esta te va a gustar —le aseguró Colt una vez en el porche.
—Te veo muy seguro —sonrió Kaylee.
—Sí, venga, cierra los ojos —insistió él.
Esperó a que lo hiciera y, continuación, la guió hasta las cuadras.
—No los abras hasta que yo te lo diga.
—No será algo que me vaya a saltar encima, ¿verdad? —preguntó Kaylee asustada.
—No —contestó Colt mientras entraban en las cuadras.
A continuación, colocó a Kaylee ante los dos caballos ensillados.
—Muy bien, cariño, ya puedes abrir los ojos.
Al ver que Kaylee abría los ojos con cuidado, Colt sonrió. Al abrirlos por completo, parpadeó como si no pudiera creer lo que estaba viendo.
—¡Dios mío, Colt! —exclamó tapándose la boca con ambas manos y mirándolo a los ojos—. ¿Dónde la has encontrado? —añadió con los ojos llenos de lágrimas—. No me lo puedo creer —dijo abrazándolo y besándolo en la mejilla.
—Veo que te he sorprendido —contestó Colt agarrándola de la cintura.
—Oh, Colt, gracias por encontrarla —dijo Kaylee besándolo de nuevo antes de acercarse a su yegua.
—Perrito —dijo Amber señalando los caballos.
Colt tomó a su hija en brazos y rió.
—No, ratoncito. Estos son caballos y cuando tú tengas edad suficiente tu papá te va a comprar uno.
—Me muero de ganas por montarla —dijo Kaylee tomando las riendas de su yegua y sacándola de las cuadras.
Cuando se volvió hacia Colt y lo volvió a besar, él decidió que hubiera merecido la pena pagar incluso el doble de lo que había pagado por ver a Kaylee tan feliz.
—Móntala —le dijo sonriente—. Amber y yo te seguiremos en el mío.
A continuación, montó y acomodó a la niña en su regazo. En cuanto su caballo comenzó a moverse con cautela, Amber comenzó a reírse sin parar.

—¿Te gusta montar con papá? —le preguntó Colt mientras salían a los verdes prados que rodeaban la casa.

—No —contestó Amber asintiendo con la cabeza.

—Colt, ¿te importaría si...?

—Adelante, cariño —le dijo Colt sabiendo que Kaylee quería galopar.

Kaylee se apresuró a azuzar a su yegua y pronto cruzó los prados al galope con la melena al viento. Era una amazona aventajada y se lo estaba pasando en grande. Colt estaba disfrutando de lo lindo viéndola tan feliz.

No la había visto así desde antes de que muriera Mitch.

Lo cierto era que jamás se cansaría de hacerla feliz. De repente, tomó aire y se paró en seco. ¿Se había enamorado de Kaylee?

Sintió que el corazón se le aceleraba. Siempre le había caído bien y cuando se convirtió en una mujer le había atraído físicamente. ¿Pero estar enamorado de ella?

Colt había sabido durante años que ella sí estaba enamorada de él, pero aunque a él le atraía físicamente siempre se había controlado. Hasta aquella noche de hacía tres años, claro.

Siempre había creído que se había ido a la mañana siguiente porque se sentía culpable y avergonzado por haberse aprovechado de ella, pero, ¿no sería que había huido de sí mismo? ¿No sería que se había enamorado de ella?

Observó a Kaylee, que seguía cabalgando sonriente. Lo cierto era que siempre la había amado. Lo que pasaba es que había estado demasiado ciego para verlo.

Amber, tu papá ha sido un tonto —le dijo a su hija dándole un beso en la frente—. Ahora que ha recuperado la cordura, va a hacer las cosas bien con tu madre.

Amber señaló a Kaylee, que se dirigía hacia ellos.

—Mamá, perrito.

Colt se sentía más joven y feliz que nunca.

—Uno de estos días, papá te va a traer un caballo y un perrito también —rió—, pero ahora tengo que encontrar la manera de decirle a tu mamá lo idiota que he sido y que quiero pasar el resto de mi vida diciéndole cuánto la quiero.

—No estoy en forma —murmuró Kaylee en la cocina.

Le dolían todos los músculos de la cintura para abajo, pero aun así se sentía feliz de haber podido montar a su yegua de nuevo. No se había dado cuenta hasta entonces de lo mucho que había echado de menos sentir el viento en la cara.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en lo considerado

del gesto de Colt. El sabía lo mucho que aquella yegua significaba para ella. Había sido el último regalo de su hermano antes de morir y tenerla que vender le había partido el corazón.

Ahora la yegua era de Colt y podría montarla de vez en cuando, cuando fuera a llevar a Amber al Lonetree.

Cada vez que pensaba en volver a casa, se le achicaba el pecho. No había querido ir al Lonetree por temor a enamorarse de nuevo de Colt. Estuvo a punto de estallar en carcajadas. Lo cierto era que jamás había dejado de amarlo.

Lo malo era que, aunque por un milagro Colt se enamorara de ella, Kaylee no creía que tuvieran futuro juntos. No mientras él siguiera ganándose la vida en el rodeo.

Sólo pensar que le podía ocurrir algo o que podía...

Se estremeció.

De repente, sintió dos brazos que la tomaban desde atrás y la apretaban contra un torso fuerte y musculoso.

—¿En qué piensas, cariño?

Kaylee cerró los ojos para bloquear aquellos pensamientos tan espantosos y se giró hacia Colt.

—Estaba pensando en lo mucho que te agradezco que hayas encontrado a mi yegua y en lo increíble que ha sido volverla a montar —mintió haciendo una mueca de dolor ante las agujetas que tenía.

—Te duele todo, ¿eh?

Kaylee asintió.

—He descubierto que tengo músculos de los que me había olvidado.

—¿Por qué no subes y te metes un rato en la bañera de hidromasaje? —le propuso Colt dándole un beso en la boca.

Era una idea maravillosa, pero Kaylee todavía tenía cosas que hacer.

—Me encantaría, pero tengo que acostar a Amber —contestó.

—¿Por qué no te tomas la noche libre y dejas que lo haga yo? —le preguntó Colt acariciándole la nuca.

—¿Crees que podrás apañártelas?. —preguntó tentada de meterse en un baño de espuma—. A veces, el baño de tu hija se convierte en una batalla naval.

—Te recuerdo que me gano la vida enfrentándome a un toro —bromeó Colt—. No creo que bañar y acostar a una niña pequeña vaya a ser más difícil.

—Ya lo verás —dijo Kaylee no queriendo pensar en cómo se ganaba Colt la vida.

—Arriba, papá.

Colt se inclinó para tomar a Amber en brazos.

—¿Qué te parece si la bañamos juntos y luego te preparo yo a ti el baño? —sonrió mirando a Kaylee a los ojos.

Kaylee se sonrojó y sintió que se derretía por dentro ante aquella propuesta.

—Ya veremos.

—Eh, eso no vale, ratoncito —dijo Colt mirándose la camisa empapada.

—Papá, mojado —dijo Amber alegremente.

A continuación, dedicó a su padre una sonrisa que le llegó al corazón y golpeó de nuevo la superficie del agua con la mano.

En esa ocasión, el agua fue a parar a la cara de Colt.

—¡Kaylee!

—¿Algún problema?

Colt se giró y la vio apoyada de manera casual en la puerta sonriendo.

—¿Por qué no me habías dicho que a la niña le gustan los deportes acuáticos? —le preguntó agarrando una toalla.

—Para no perderme esta escena: tu hija de dos años enseñándote lo difícil que puede ser bañarla —contestó Kaylee sacudiendo la cabeza—. No me lo quería perder por nada del mundo.

Colt se secó la cara.

—¿Es así todos los días?

—Bueno, a veces, es peor —contestó Kaylee riendo.

Colt miró a su hija.

—Ya no me vas a salpicar más, ¿verdad?

A modo de respuesta, Amber comenzó a dar patadas con ambas piernas y a golpear la superficie del agua con ambas manos demostrando a su padre que el baño podía ser, a veces, efectivamente mucho peor.

—Está bien, está bien, ya me hago una idea —rió Colt.

Para cuando Colt sacó a la niña del baño y se la dio a su madre, estaba empapado de pies a cabeza.

—Me voy a apiadar de ti —le dijo Kaylee—. Ya me encargo yo de acostarla mientras tú te pones ropa seca —dijo Kaylee secando a la niña y poniéndole el pijama.

—Gracias —contestó Colt despidiéndose de su hija con un beso —. Buenas noches, ratoncito —le dijo girándose hacia Kaylee—. Me parece que, a partir de ahora, te vas a encargar tú del baño y yo de acostarla.

Mientras avanzaba por el pasillo hacia su habitación, la risa de Kaylee le pareció música. Se lo estaba pasando en grande a su costa y a él le encantaba.

Tras ponerse una camisa seca, decidió que la bañera de hidromasaje era lo suficientemente grande para dos personas y había que aprovecharla, así que la llenó de agua, bajó la intensidad de las luces y se sentó en el borde para quitarse las botas. Se quitó también los vaqueros, los calcetines y los calzoncillos y se metió en la bañera.

Unos minutos después, sonrió al oír entrar a Kaylee.

—Colt, ¿dónde estás?

—Aquí, cariño.

Kaylee entró en el baño y Colt le hizo una seña para que se uniera a él.

—He decidido llenarte la bañera.

—Creía que iba a ser yo la que se diera un baño esta noche —sonrió Kaylee haciéndolo sentir como si la temperatura del agua hubiera subido diez grados.

—Soy un hombre de palabra, cariño —sonrió Colt—. Te he dicho que te iba a preparar el baño y eso es exactamente lo que estoy haciendo.

Colt observó cómo Kaylee se mordía nerviosa el labio inferior durante unos segundos antes de tomar aire y comenzar a desabrocharse la camisa.

—¿Te han hablado Morgan o Brant alguna vez de las compras de Samantha y Annie?

—No, pero ya me he dado cuenta de que les encanta que sus mujeres vayan de compras —contestó Colt frunciendo el ceño—. En cualquier caso, no me apetece hablar ahora de… —se interrumpió y tuvo que incorporarse cuando Kaylee se quitó la blusa y la tiró al suelo.

Hasta aquel momento, siempre había llevado ropa interior de algodón blanca. Sin embargo, aquella noche llevaba un conjuntito de raso y encaje negro.

—¿Eso te lo has comprado hoy? —tartamudeó.

Kaylee asintió.

—¿Te gusta?

—Ya lo creo.

Iba a decirle que le iba a gustar más cuando se lo hubiera quitado, pero se dio cuenta de que la sonrisa de Kaylee prometía mucho más. Colt se acodó en el borde de la bañera y no tuvo que esperar mucho.

Kaylee se desabrochó los vaqueros y los deslizó por sus piernas con deliberada lentitud. Colt la miraba con los ojos muy abiertos, sabiendo que nunca iba a volver a ver nada tan provocativo como aquello.

Cuando vio el pequeño_ triángulo que apenas le cubría su feminidad, Colt creyó que se le iban a salir los ojos de las órbitas. Aquel conjunto era de infarto.

—Cariño, ¿dónde te has comprado eso? —le preguntó por fin.

—En la Boutique de Lencería Fresca y Descarada.

—Me parece que a partir de ahora esa va a ser mi tienda preferida —dijo Colt sinceramente.

—Annie y Samantha dicen que a Brant y a Morgan les encanta —dijo Kaylee dándose la vuelta para que Colt apreciara el conjunto en su totalidad.

—Oh, sí. A mí también me encanta —dijo Colt tragando saliva —. Ese triángulo de raso podría considerarse un arma letal, ¿sabes?

Aquello hizo sonreír a Kaylee.

—¿Entiendes ahora por qué a tus hermanos les gusta que sus mujeres vayan al centro comercial?

Colt asintió sintiendo que la tensión arterial se le había subido por las nubes.

—Me he comprado varios conjuntos —le explicó Kaylee mientras se desabrochaba el sujetador y lo dejaba en el suelo sobre su camisa—. Son de diferentes colores y estilos.

Si Colt hubiera podido hablar en aquellos momentos, le habría dicho que se moría por verlos todos, pero no podía articular palabra.

Cuando Kaylee deslizó las braguitas por sus piernas, gimió y sintió que el corazón amenazaba con salírsele del pecho.

Colt cerró los ojos e intentó respirar con naturalidad. Estaba tan excitado que no sabía qué hacer.

—A esas tiendas les tendrían que dar un premio —consiguió decir.

Cuando sintió que Kaylee se metía en la bañera, abrió los ojos para ayudarla a colocarse entre sus piernas. La abrazó y la apretó contra su cuerpo. Apretó los dientes al sentir su trasero contra aquella parte de su anatomía que estaba creciendo por momentos.

Kaylee suspiró.

—A ti te encantará la Boutique de Lencería Fresca y Descarada, pero a mí me encanta esta bañera.

Colt le dio un beso en el cuello y comenzó a masajearle los muslos.

—¿Mejor, cariño?

—Mmm.

El agua hacía que la ya de por sí suave piel de Kaylee fuera todavía más sedosa que nunca y Colt deslizó las manos con facilidad sobre sus muslos hasta llegar a sus pechos. Al tocar sus pezones erectos, sintió que su erección iba a estallar.

—¿Kaylee?

Kaylee se giró hacia él y Colt se apoderó de su boca. Le encantaba abrazarla y besarla. Lo cierto era que le encantaba todo lo que tenía que ver con ella. Debía decírselo en cuanto hubiera recuperado la cordura.

Pero en aquellos momentos estaba perdido y sólo podía concentrarse en tocarla, acariciarla y besarla. Saber que Kaylee lo deseaba tanto como él a ella lo encendía sobremanera.

Deslizó una mano entre sus piernas y comenzó a acariciarla. Cuando Kaylee gimió contra sus labios, Colt sintió fuego en las venas.

—Date la vuelta, Kaylee, quiero hacerte el amor —le susurró.

—Pero...

—Confía mí, cariño. Se puede hacer.

Para su satisfacción, Kaylee no dudó y se giró hacia él. Colt la ayudó a colocar las piernas alrededor de su cintura.

—No es tan difícil —dijo besándola.

Continuó deslizando sus labios hasta sus pechos y la sintió estremecerse. A continuación, Kaylee le pasó los brazos por el cuello y echó la cabeza_ hacia atrás. Aprovechando la postura, Colt le lamió los pezones.

—Colt, necesito...

Colt la miró a los ojos, entrecerrados, y la pasión y el amor que vio en ellos lo emocionaron.

La besó mientras sus cuerpos se acoplaban y se hacían uno. Sentir a Kaylee así, oírla suspirar de placer y saborear el deseo de sus labios le bloqueaban la razón y lo dejaban pensar sólo en una cosa: completar el acto de amarla.

Colt la tomó de las caderas y comenzó a moverse hasta que se encontró apretando los dientes ante la necesidad de alcanzar el orgasmo. Sentía el cuerpo tenso y el corazón a mil por hora, pero se negó a dejarse llevar antes de estar seguro de que Kaylee quedaba satisfecha.

Cuando Colt sintió sus músculos femeninos internos contraerse, supo que Kaylee estaba al borde del clímax y le acarició la entrepierna. En el momento en el que su dedo la tocó, Kaylee se

quedó completamente quieta y, luego, susurró su nombre y su cuerpo comenzó a estremecerse.

Sólo entonces Colt se dejó ir. Gimió y esparció su semilla en el interior de Kaylee.

Mientras las burbujas de agua los devolvían a la calma, Colt la abrazó y se dio cuenta de que había hecho algo impensable: no la había protegido. Tal y como había hecho tres años atrás, había dejado que el deseo le nublara la razón.

Sin embargo, no se arrepentía. No había nada en el mundo que le gustara tanto como tener otro hijo con ella.

Por desgracia, no sabía qué pensaría ella de darle un hermanito o hermanita a Amber. Ni siquiera habían hablado del futuro.

Colt estaba seguro de que Kaylee lo amaba y él no tenía duda de amarla, pero, ¿querría casarse con él teniendo en cuenta que se ganaba la vida en los rodeos?

—¿Kaylee?

—Mmm.

—¿Tienes idea de lo mucho que te quiero?

Kaylee abrió los ojos como platos.

—¿Me quieres? —tartamudeó girándose hacia él.

Colt asintió muy sonriente.

—Siempre te he querido, pero me he comportado como un tonto y no lo he sabido ver.

A Kaylee se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Oh, Colt. Yo te he querido siempre, desde la primera vez que te vi.

Colt sintió que el corazón se le inflamaba. Todo iba a salir bien. Ya se las arreglarían. Tenía que hacerlo. No estaba dispuesto a volver a estropear las cosas entre ellos por segunda vez.

—Salgamos de la bañera cariño. Tenemos que hablar —le dijo besándole el hombro.

Capítulo Diez

—Kaylee, quiero que Amber y tú vengáis a la final del rodeo de Las Vegas.

Sentada en la cama de Colt, Kaylee lo miró y se estremeció. Lo quería más que a su propia vida, pero le estaba pidiendo algo que no podía hacer.

—Colt, te quiero. Siempre te he querido, pero no puedo soportar la idea de verte sobre un toro.

Colt le tomó las manos entre las suyas.

—Cariño, sé que te da miedo que me pueda pasar algo, pero siempre has sabido que me gano la vida así y siempre lo has aceptado.

—Eso... era antes —contestó Kaylee apartándose de él y levantándose de la cama.

—Cariño, estoy a un paso de ganar el campeonato —protestó Colt—. Ahora, no lo puedo dejar.

Paseándose por su habitación, Kaylee intentó explicarle cómo se sentía.

—Colt, jamás` te pediría que dejaras el rodeo. Sé que forma parte de ti, de tu forma de ser, pero no puedo soportar la idea de que te pase lo mismo que a Mitch aquella noche en Houston —le dijo tomando aire.

—Kaylee, sabes que tengo cuidado. Me mantengo en forma y...

—Mitch también estaba en buena forma y también tenía siempre cuidado —lo interrumpió ella impaciente secándose una lágrima que le había resbalado por la mejilla—. Y mira lo que le pasó a él.

—Pero...

Kaylee negó con la cabeza.

—Colt, no podría sobrevivir si tuviera que volver a pasar por aquello, si me volviera a ver en la sala de espera de un hospital mientras un médico me dice que no puede hacer nada por tu vida —sollozó estremeciéndose—. Simplemente... no puedo volver a pasar por eso.

Colt se puso en pie y se acercó a ella para abrazarla.

—Kaylee, uno nunca sabe lo que le va a pasar. Podría sucederme cualquier cosa independientemente de cómo me gane la vida.

—Eso ya lo sé —contestó Kaylee intentando dejar de temblar—, pero los dos sabemos que el rodeo es arriesgado.

—Cariño, te quiero y quiero a Amber. Por eso, quiero que vengáis las dos conmigo —insistió acariciándole la espalda—. Es

importante para mí —añadió besándola en la frente—. Además, no estarás sola. Morgan, Samantha y Annie estarán en las gradas contigo mientras Brant y yo competimos.

—Colt, ¿no lo entiendes? —le espetó Kaylee con los ojos arrasados por las lágrimas—. Me da igual con quién esté o cuánta gente haya a mi alrededor. Ellos tampoco podrían impedir que te sucediera algo.

—Kaylee, cariño, espera...

—No —contestó ella sintiendo que le temblaban las rodillas—. Siempre has sido y siempre serás mi debilidad, Colt. Te quiero más de lo que puedas imaginar, pero no puedo soportar la idea de verte sobre un toro —añadió tomando aire y continuando antes de que Colt pudiera interrumpirla—. Ya tienes el hombro bien, así que ya no me necesitas...

—Claro que te necesito, Kaylee —contestó Colt dando un paso hacia ella.

—Te prometí que te iba a ayudar a que pudieras volver a mover el brazo y ya lo he hecho, pero también te dije que no pensaba ayudarte a que compitieras en la final.

—Kaylee, no me hagas esto —dijo Colt dando otro paso hacia ella.

Por la expresión de su rostro, Kaylee se dio cuenta de que Colt había adivinado lo que le iba a decir a continuación. Debía hacerlo. Su supervivencia dependía de ello.

—Amber y yo nos vamos mañana a Oklahoma City. Voy a llamar a Annie o a Samantha para que nos lleven al aeropuerto de Laramie y desde allí volaremos a Denver.

Antes de que a Colt le diera tiempo de contestar, Kaylee se giró y se fue su habitación. Sabía que estaba siendo una cobarde, pero no tenía opción.

Si algo le sucediera a Colt en cualquier momento de la vida, sabía que quedaría destrozada, pero si para colmo tuviera que ser testigo de ello sabía que jamás sobreviviría y tenía que sobrevivir a cualquier precio.

Tenía que pensar en su hija. Amber dependía de ella y no podía fallarle.

Colt esperó a que introdujeran a los toros en el cercado.

Había hecho una buena temporada y ahora, el último día de la final, estaba empatado a puntos con otro participante.

Sabía que, aunque consiguiera ganar el campeonato de aquel

año, aquella victoria iba a estar vacía. Lo cierto era que su vida había estado vacía las últimas dos semanas, desde que Kaylee y Amber se habían ido.

—¿Estás listo para batir a Kamikaze de una vez? —le preguntó Brant refiriéndose al toro al que Colt jamás había conseguido vencer.

Colt se encogió de hombros.

—Mantén la cabeza fría —le aconsejó su hermano—. Mañana, podrás ir a Oklahoma City y arreglar las cosas con Kaylee.

—¿Qué te hace pensar que quiera ir a Oklahoma? —contestó Colt poniéndose los guantes.

—Dos razones —contestó Brant muy seguro de sí mismo.

—¿Cuáles son esas dos razones?

—La primera que te has estado comportando como un oso con sarpullido desde que Kaylee se fue. Yo creo que lo mejor que podrías hacer es admitir de una vez por todas que no hay nada en la vida más importante que compartirla con la mujer a la que amas —le explicó apretándole las protecciones de las rodillas—. Te lo digo por experiencia. Si no lo haces, se te va a agriar el carácter.

—¿Desde cuándo eres un experto en asuntos del corazón? —preguntó Colt con amargura.

Brant sonrió.

—Te recuerdo que a mí me pasó algo parecido con Annie hasta que me di cuenta de que no había nada más importante en la vida que estar con ella.

Colt se quedó mirando fijamente a su hermano.

—Aquello fue diferente porque estabas absurdamente convencido de que Annie y tú no teníais nada en común.

Brant sonrió y continuó hablando ignorando a su hermano.

—Y la segunda razón por la que sé que vas a ir a Oklahoma City es porque, si no vas por propia iniciativa, Morgan y yo te vamos a obligar a montar en el avión.

A Colt no le dio tiempo a contestar, pues Brant se giró y salió a la arena.

Mientras observaba cómo su hermano se colocaba en su lugar, pensó en lo que le acababa de decir. Lo cierto era que su vida sin Kaylee y sin Amber estaba vacía. Ellas dos eran su vida y eran mucho más importantes que montarse sobre un animal encabritado de mil kilos.

Colt sacudió la cabeza. Kaylee le había dicho que vivía por y para el rodeo y él había estado de acuerdo, pero ambos se habían equivocado.

En lugar de buscar la victoria en un rodeo para sentirse satisfecho, debería haberse parado a pensar qué otras cosas importantes había en su vida. Era un buen ganadero, padre de una preciosa niña y estaba enamorado de Kaylee Simpson con todo su corazón.

Colt se subió a la escalerilla y miró desde arriba a Kamikaze. Había intentado montarlo varias veces en los últimos años y de momento el toro ganaba tres a cero. Kamikaze había sido el toro que lo había tirado la tarde en la que se había roto la clavícula.

—La verdad es que me importa un bledo dejarlo en cuatro a cero —dijo decidiendo que era más importante no perder a Kaylee —. Eh, Jim.

—¿Qué pasa? —le preguntó Jim Elliot, el árbitro.

—No voy a...

—Colt —dijo una conocida voz femenina a sus espaldas.

Colt se interrumpió justamente cuando iba a decir que no iba a montar a Kamikaze. Se giró y se encontró con Kaylee y con Amber.

Corrió hacia ellas para abrazarlas y asegurarse de que no estaba sufriendo una alucinación.

—¿Qué hacéis aquí, cariño?

—Papá —contestó Amber.

—Efectivamente, ratoncito —dijo Colt besando a su hija en la mejilla.

—Tenía que venir —dijo_ Kaylee abrazándolo con fuerza—. Si te ocurriera algo y yo no estuviera contigo, jamás me lo perdonaría.

Colt sacudió la cabeza y se miró en aquellos preciosos ojos color violeta.

—Ya no tienes nada que temer —dijo besándola—. Me has pillado justamente diciéndole a Jim que no voy a montar a Kamikaze.

Kaylee lo miró confusa.

—¿Por qué?

—Porque te quiero —contestó Colt sinceramente—. Amber y tú sois lo más importante de mi vida y sé que no te gusta que me dedique a esto.

—Colt, yo también te quiero —contestó Kaylee besándolo-y precisamente por eso no quiero que abandones. Quiero que montes a ese toro.

—¿Por qué has cambiado de opinión, cariño?

—Quiero que montes porque te quiero y porque no quiero que te arrepientas jamás de nada —confesó Kaylee—. No quiero que te pases la vida preguntándote si hubieras podido ganar este

campeonato.

—Wakefield, te toca —lo llamó Jim.

—Un momento —contestó Colt—. ¿Estás segura, cariño? No tienes más que decírmelo tú y competiré.

Kaylee tomó aire y lo miró los ojos.

—Sí, Colt. Si Mitch estuviera aquí, te obligaría a competir porque sabría que tú puedes con ese toro.

—Última llamada, Wakefield —gritó Jim por encima del rugido de la multitud.

Colt miró a Kaylee a los ojos y la besó en los labios.

—Ahora vuelvo, cariño —sonrió.

Subió las escalerillas a toda velocidad y se colocó encima del toro. Se puso el protector dental en la boca y se agarró con una mano al animal.

Kamikaze lo sintió y se encolerizó, pero Colt lo ignoró. Estaba decidido a poder con aquella bestia, pero teniendo cuidado. Kaylee contaba con él y no la podía defraudar.

Cuando sus hombres lo afianzaron al lomo de Kamikaze, Colt se puso bien el sombrero, tomó aire e hizo la señal de que estaba listo para empezar. Tal y como esperaba, cuando la trampilla se abrió, Kamikaze saltó a la arena hecho una furia.

Colt levantó el brazo izquierdo para mantener el equilibrio y se agarró con fuerza a ambos lados del animal con las piernas, concentrado en seguir sus movimientos. Kamikaze dio dos saltos, giró a la izquierda y comenzó a dar vueltas.

Con cada movimiento de aquel animal de mil kilos, Colt sentía como si alguien lo levantara por los aires unos metros y luego lo dejara caer con fuerza. Concentró todas sus energías en agarrarse bien y en anticipar el siguiente movimiento del toro.

Sentía la adrenalina por todo el cuerpo y cuando oyó el timbre de los ocho segundos supo que, por fin, había batido a su enemigo. Se soltó de él y se bajó.

Kaylee abrazaba a Amber con fuerza mientras, sin aliento, observaba cómo Colt había conseguido aguantar el tiempo estipulado sobre Kamikaze. Rezó para que no se le enredara la cuerda y se cayera al bajar a la arena, pero para su alivio Colt consiguió aterrizar sobre los dos pies y salir de la pista mientras Brant y otros dos participantes distraían a la bestia.

Al ver a Brant abrazar a su hermano como un oso y la gran sonrisa de satisfacción de Colt, supo que había hecho bien yendo a la final.

Había pasado dos semanas espantosas dudando entre quedarse

en Oklahoma City o estar a su lado. Al final, comprendió que no tenía opción. Cuando una persona quiere a alguien tanto como ella quería a Colt, simplemente tiene que aceptar a esa persona tal y como es y no intentar cambiarla.

No estaba segura de cómo iba a hacer para aguantar que Colt se subiera a un toro todos los fines de semana durante varios años, pero durante aquellas dos últimas semanas se había dado cuenta de que iba a tener que aprender a vivir con el miedo porque vivir sin Colt era algo que no se podía plantear.

—Papá —dijo Amber lanzándole los bracitos a Colt cuando se acercó a ellas.

Alegre por él, Kaylee le entregó a la niña y lo abrazó.

—Lo has conseguido, Colt, has ganado.

Colt asintió sonriente.

—Sí, he ganado —dijo más serio al ver que a Kaylee se le escapaba una lágrima—. Cariño, ¿estás bien?

Kaylee asintió.

—Estoy feliz porque has ganado y aliviada porque no te ha ocurrido nada.

—Kaylee, te quiero decir una cosa...

Se tuvo que interrumpir al oír que lo llamaban por megafonía.

—Maldita sea, tengo que ir a...

Kaylee le dio un beso en la mejilla y sonrió tomando a Amber de nuevo en brazos.

—Ve por tu premio, te lo has ganado. Te esperamos aquí.

—Cariño, no sabes lo feliz que me hace oír eso —contestó él besándola y alejándose a recoger su trofeo.

Kaylee escuchó cómo entregaban la copa del campeonato y el abultado cheque que el competidor que más puntos tenía había conseguido. El vaquero dio gracias a Dios por haberlo protegido y al público por su apoyo.

Cuando llegó el turno de Colt y le dieron la gran hebilla dorada y el ingente cheque por ganar la final, Colt le dio las gracias a todo el mundo y preguntó si podía utilizar un momento el micrófono para hacer un anuncio.

—Claro, no hay problema —contestó el hombre un poco sorprendido.

—He disfrutado mucho siempre participando en el rodeo —declaró Colt ante un público silencioso-y no podría haber pedido que la temporada terminara mejor. Precisamente por eso, he decidido dejarlo ahora, en mi mejor momento de gloria.

El público se puso en pie y le despidió con una gran ovación.

Kaylee sintió que las lágrimas no la dejaban ver. Colt se había retirado. No iba a seguir tentando a la suerte.

Cuando llegó junto a ella, la encontró temblando.

—¿Por qué, Colt?

Colt sonrió y las abrazó a las dos.

—Porque vosotras dos sois más importantes para mí que cualquier otra cosa.

—Por favor, no dejes el rodeo por mí —le rogó Kaylee—. No quiero que te arrepientas más tarde.

—No me voy a arrepentir, cariño —le aseguró Colt tomando a Amber en brazos y agarrando a Kaylee de la cintura—. He ganado la final después de muchos años de esfuerzo, así que ya no tengo nada más que demostrar. Sólo lo mucho que os quiero a la niña y a ti —dijo besándola en la mejilla—. Además, no me apetece estar hecho polvo y no poder hacerte el amor todos los días de mi vida.

Kaylee sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Todos los días de tu vida?

—Sí —contestó Colt parándose y mirándola a los ojos—. ¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa, Kaylee Simpson? ¿Quieres vivir conmigo en el Lonetree, dejarme que sea el padre de Amber a jornada completa y que-tengamos otros hijos?

—Sí —contestó Kaylee cerrando los ojos mareada.

—Cariño, ¿estás bien? —dijo Colt agarrándola del brazo.

Últimamente, me mareo cuando me emociono —contestó Kaylee frunciendo el ceño—. La única vez que me ha pasado esto antes ha sido cuando estaba embarazada...

—La bañera de hidromasaje —sonrió Colt abrazándola con fuerza.

—Papá, mamá —dijo Amber abrazándolos a los dos.

—¿Te gustaría tener un hermanito o una hermanita, ratoncito? —le preguntó Colt.

—Sí —contestó Amber asintiendo con la cabeza.

—Vaya, lo ha hecho bien —rió Colt—. Kaylee, ¿a ti te apetece tener otro hijo? —añadió poniéndose serio de repente.

Kaylee sonrió y miró a aquel hombre al que amaba con todo su corazón.

—Me encantaría tener otro hijo con pelo negro como el azabache y ojos azul Wakefield.

—Vamos a hablar con el párroco para hacerlo oficial —sonrió Colt.

—No —contestó Kaylee.

—¿Cómo que no? —dijo Colt sorprendido—. ¿No, has cambiado

de opinión y ya no te quieres casar conmigo o no, no te quieres casar en Las Vegas?

—No, no me quiero casar en Las Vegas —contestó Kaylee—. Si no te importa, prefiero que nos casemos en el Lonetree. Es el lugar donde vamos a vivir y quiero empezar nuestra vida en común allí.

—A mí me parece perfecto, cariño —dijo Colt besándola—. Te quiero, Kaylee.

—Yo también te quiero, vaquero. Más te lo que te puedas imaginar.

Epílogo

Día de Nochebuena

—Me siento como si me fuera a ahogar —dijo Colt ahuecándose el cuello de la camisa.

—Eso te está bien empleado por burlarte de Morgan y de mí cuando nos casamos hace unos años —dijo Brant chasqueando la lengua.

—¿Por qué estarán tardando tanto? —preguntó Colt dispuesto a ir a buscar a Kaylee él mismo.

—Supongo que porque Annie y Samantha estarán volviéndose locas con el vestido o con el peinado de Kaylee o con vete tú a saber qué —contestó Brant encogiéndose de hombros—. Ya verás, cuando lleves casado un tiempo, te darás cuenta de que las mujeres se vuelven locas en estas ocasiones con cualquier detalle.

—Pues anda que no han tenido tiempo de sobra para prepararlo todo —contestó Colt frunciendo el ceño.

Annie y Samantha habían insistido en que Kaylee pasara la noche anterior en la casa principal con ellas mientras que Colt, Brant, Morgan y los niños habían dormido en casa de Colt.

Habían dicho que era porque el novio no podía ver a la novia hasta que no la estuviera esperando en el altar. Colt no sabía nada de aquel protocolo, pero lo que sí sabía era que había echado una barbaridad de menos a Kaylee y que se moría por volverla a ver.

Cuando Samantha apareció en la escalera con Amber de la mano, Colt sonrió. Su hija parecía un ratoncito con aquel vestido de terciopelo rojo y encaje blanco.

—Papá —dijo la niña señalando a Colt mientras bajaba los escalones de la mano de Samantha—. Arriba, papá, arriba —añadió cuando estuvo a su lado.

Sin dudarlo, Colt se inclinó y la tomó en brazos. Colt estaba encantado con lo rápido que la niña se había encariñado con él.

—¿Preparada para ayudar a papá y a mamá a casarse? —le preguntó besándola en la mejilla.

Amber asintió y sonrió.

—Sí.

—Prepárate, hermano —dijo Brant cuando Annie bajó las escaleras también—. Estás a punto de convertirte en uno de nosotros, en una de los embrujados felices.

Colt sonrió.

—Nunca jamás creí que fuera a decir esto, pero me alegro

enormemente.

Samantha puso en marcha la música y colocó a los niños junto al árbol de Navidad. A continuación, Brant y Annie se colocaron junto a la chimenea donde los esperaba el padre Hill, de la iglesia metodista de Bear Creek.

—Mamá guapa —dijo Amber de repente señalando las escaleras.

Colt levantó la mirada y se quedó sin aliento. Kaylee estaba en los altos las escaleras, agarrada al brazo de Morgan, ataviada con un vestido de encaje blanco y el pelo recogido.

Estaba preciosa.

—Sí, Amber —dijo Colt dando un paso al frente—, tu madre es la mujer más guapa del mundo.

Al llegar abajo, Morgan sonrió y colocó la mano de Kaylee en la de Colt. Le dio un beso a Kaylee en la mejilla y una palmadita a su hermano en el hombro.

—Cuidaos mutuamente —les dijo colocándose al lado de su mujer y de sus hijos.

—¿Preparada para convertirte en la señora de Colt Wakefield? —le preguntó Colt a Kaylee sonriente.

La sonrisa que su futura mujer le dedicó hizo que a Colt se le subiera la temperatura corporal por las nubes.

—He estado preparada para este momento toda mi vida.

—Yo también, cariño —sonrió Colt—, pero no me había dado cuenta..

Con Kaylee de un brazo y Amber en el otro, Colt se acercó a la chimenea donde el padre Hill los esperaba para casarlos.

Tres horas después, tras haber acostado a Amber, Kaylee y Colt se sentaron el sofá del salón y se abrazaron.

La sala estaba a oscuras excepto por el fuego de la chimenea y las lucecitas del árbol de Navidad, lo que confería a la estancia un ambiente de lo más romántico.

—¿Colt?

—Dime, cariño.

—Tengo un regalo de Navidad para ti —dijo Kaylee levantándose para agarrar un paquete que había debajo del árbol.

—Creí que íbamos a esperar hasta mañana por la mañana para entregarnos los regalos —dijo Colt frunciendo el ceño.

Kaylee negó con la cabeza.

—Prefiero dártelo ahora.

Kaylee se mordió el labio inferior mientras le entregaba la caja a Colt y éste la sacudía.

—Es muy ligero —sonrió rompiendo el papel y frunciendo el

ceño—. ¿Qué es esto?

—Una copia de la prueba de ultrasonido —contestó Kaylee muy sonriente—. Ayer me hicieron la segunda ecografía.

Colt no lo sabía pues no había vuelto a ver a la que ya era su mujer hasta antes de la ceremonia y aquello no era algo de lo que se hablara por teléfono.

—¿Qué te dijo el médico? —preguntó Colt mirando el papel que tenía entre las manos—. ¿Está todo bien?

Kaylee sonrió y le señaló la ecografía.

—Me ha dicho que estoy sana como un caballo y que los niños también.

—¿Los niños?

Kaylee se rió ante su sorpresa.

—El médico insistió en hacerme esta ecografía porque decía que estaba engordando demasiado para estar embarazada de sólo un par de meses —sonrió Kaylee besándolo en los labios—. Vamos a tener gemelos, vaquero.

Colt sonrió, tomó la mano de Kaylee y le besó la alianza.

—Aparte de la boda, este es el mejor regalo de Navidad que me han hecho jamás.

Estuvieron un rato abrazados en silencio antes de que Colt volviera a hablar.

—Si son niños, ¿te gustaría que llamáramos a uno de los dos Mitch?

Kaylee sintió que se le saltaban las lágrimas.

—Me encantaría —contestó—. Te quiero, Colt.

—Yo también te quiero, cariño.

—Estas van a ser las mejores navidades de nuestra vida —dijo Kaylee acurrucándose contra su cuerpo.

—Este día ha sido el primero de muchos días especiales, cariño —contestó Colt besándola, poniéndose en pie y tendiéndole la mano —. Ahora, vámonos arriba y enséñame lo especiales que van a ser las noches.

Sin dudarlo un momento, Kaylee aceptó su mano, ansiosa por comenzar su vida como marido y mujer en el Lonetree.